

Juliana Batista Faria
Inês Ferreira de Souza Bragança
Jemima Natalia Dalbo Domingos
ORGANIZADORAS

De Estudante para Estudante:

Documentação Narrativa de Experiências Pedagógicas
na Formação Docente Universitária



 Pedro & João
editores

De Estudante para Estudante:
Documentação Narrativa de Experiências
Pedagógicas na Formação Docente Universitária



**Juliana Batista Faria
Inês Ferreira de Souza Bragança
Jemima Natalia Dalbo Domingos
(Organizadoras)**

**De Estudante para Estudante:
Documentação Narrativa de Experiências
Pedagógicas na Formação Docente Universitária**


Pedro & João
editores

Copyright © Autoras e autores

Todos os direitos garantidos. Qualquer parte desta obra pode ser reproduzida, transmitida ou arquivada desde que levados em conta os direitos das autoras e dos autores.

Juliana Batista Faria; Inês Ferreira de Souza Bragança; Jemima Natalia Dalbo Domingos [Orgs.]

De Estudante para Estudante: Documentação Narrativa de Experiências Pedagógicas na Formação Docente Universitária. São Carlos: Pedro & João Editores, 2024. 128p. 16 x 23 cm.

**ISBN: 978-65-265-1552-5 [Impresso]
978-65-265-1553-2 [Digital]**

1. Documentação narrativa. 2. Formação de professores universitários. 3. Experiências pedagógicas. 4. Educação. I. Título.

CDD – 370

Capa: Cor.a.je com finalização técnica de Luidi Belga Ignacio

Ficha Catalográfica: Hélio Márcio Pajeú – CRB - 8-8828

Diagramação: Diany Akiko Lee

Editores: Pedro Amaro de Moura Brito & João Rodrigo de Moura Brito

Conselho Editorial da Pedro & João Editores:

Augusto Ponzio (Bari/Itália); João Wanderley Geraldi (Unicamp/Brasil); Hélio Márcio Pajeú (UFPE/Brasil); Maria Isabel de Moura (UFSCar/Brasil); Maria da Piedade Resende da Costa (UFSCar/Brasil); Valdemir Miotello (UFSCar/Brasil); Ana Cláudia Bortolozzi (UNESP/Bauru/Brasil); Mariangela Lima de Almeida (UFES/Brasil); José Kuiava (UNIOESTE/Brasil); Marisol Barenco de Mello (UFF/Brasil); Camila Caracelli Scherma (UFFS/Brasil); Luís Fernando Soares Zuin (USP/Brasil); Ana Patrícia da Silva (UERJ/Brasil).



Pedro & João Editores
www.pedroejoaoeditores.com.br
13568-878 – São Carlos – SP
2024

AGRADECIMENTOS



Ao Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq), pelo apoio à publicação deste livro, cuja realização se insere no contexto da pesquisa em rede intitulada “Experiências instituintes de formação docente, uma abordagem narrativa (auto)biográfica: diálogos latino-americanos”.

À Faculdade de Educação da Universidade Estadual de Campinas (UNICAMP), por acolher a realização do estágio pós-doutoral da professora Juliana Batista Faria.

Ao Centro Pedagógico da Escola de Educação Básica e Profissional da Universidade Federal de Minas Gerais (UFMG), por viabilizar o afastamento para a qualificação pós-doutoral da professora Juliana Batista Faria.

SUMÁRIO

PREFÁCIO	11
<i>Daniel Suárez</i>	
APRESENTAÇÃO	19
De Estudante para Estudante: flores que se abrem em narrativas pedagógicas	
<i>Juliana Batista Faria, Inês Ferreira de Souza Bragança, Jemima Natalia Dalbo Domingos</i>	
PARTE I – COMO CHEGUEI ATÉ AQUI?	
CONVITES DE ESCRITA	31
<i>Jemima Natalia Dalbo Domingos</i>	
EU E A GEOGRAFIA	35
<i>Ernesto Etulain</i>	
“EU (NÃO) ESTOU BEM”	37
<i>Thawany Waleska Gullinelli</i>	
A ESTRATÉGIA DA VIDA	39
<i>Márcio da Silva Saldanha</i>	
UM CORPO AQUI E AGORA	41
<i>Bruna Brito da Silva</i>	
PARTE II – UMA EXPERIÊNCIA MARCANTE NA INFÂNCIA	
A MENINA E A CASA	45
<i>Maria Beatriz Pugiali Leme</i>	
“FAMÍLIA, Ê, FAMÍLIA, AH, FAMÍLIA”	49
<i>Jemima Natalia Dalbo Domingos</i>	

URUTU	53
<i>Márcio da Silva Saldanha</i>	
ESSA MENINA TÃO PEQUENINA	55
<i>Isadora Angélica Garzon Tonet</i>	
A MINHA PRIMEIRA FOTO ESCOLAR	59
<i>Thawany Waleska Gullinélli</i>	
DISFARCE	61
<i>Ernesto Etulain</i>	
ENTRE TREMELIQUES E BEBÊS, TENTAR É A PALAVRA!	63
<i>Bruna Brito da Silva</i>	
PARTE III – UMA EXPERIÊNCIA PEDAGÓGICA INESQUECÍVEL	
AS MARCAS QUE CARREGAMOS E DEIXAMOS	67
<i>Bruna Brito da Silva, Jemima Natalia Dalbo Domingos, Márcio da Silva Saldanha, Inês Ferreira de Souza Bragança</i>	
O PESO DE SER PROFESSORA	69
<i>Bruna Luciana de Sena</i>	
A CULPA NÃO ERA DA MATEMÁTICA	73
<i>Poliana De Paula Lucco Pequeneza</i>	
DIÁRIO DE UM REPETENTE	75
<i>Ernesto Etulain</i>	
SERÁ?	77
<i>Alice de Souza Machado</i>	
RITOS DE PASSAGEM NA ADOLESCÊNCIA	81
<i>Isadora Angélica Garzon Tonet, Poliana de Paula Lucco Pequeneza, Juliana Batista Faria</i>	

O RITO DE PASSAGEM <i>Márcio da Silva Saldanha</i>	83
QUANDO O FOGO ENCONTRA A PÓLVORA <i>Raphael Borges Santos</i>	87
ATRAVESSANDO PAREDES COM O OUTRO <i>Alice de Souza Machado, Everly Cristina Meira Fagundes, Juliana Batista Faria</i>	93
APRENDER EXIGE CORAGEM <i>Bruna Brito da Silva</i>	97
A PRIMEIRA AULA <i>Eloisa Nascimento Cavalcanti</i>	101
NÃO FOI BEM ASSIM <i>Leonardo Pinotti Carbonari</i>	103
“VOCÊ É A MAIS LEGAL” <i>Thawany Waleska Gullinélli</i>	107
AMANHÃ SEREI PROFESSORA!? <i>Maria Beatriz Pugiali Leme, Thawany Waleska Guillinélli, Juliana Batista Faria</i>	109
MINHA JORNADA DO HERÓI <i>Isadora Angélica Garzon Tonet</i>	111
RECALCULANDO A ROTA <i>Jemima Natalia Dalbo Domingos</i>	117
AMAR, DESAFIAR... DESISTIR OU CONTINUAR? <i>Everly Cristina Meira Fagundes</i>	121
ORGANIZADORAS	125
AUTORAS E AUTORES	127

PREFÁCIO

Daniel Suárez

La escritura de prefacios, prólogos y epílogos se ha convertido en una práctica bastante habitual en mi actual vida académica, intelectual y literaria. Hace un tiempo atrás solamente los leía con interés y curiosidad, pero ahora también los escribo. De hecho, en los últimos años he escrito más textos de este tipo que de otros géneros y especies. La escritura de textos que versan sobre otros textos, que sintetizan literariamente comentarios de lectura y que provocan una invitación a la experiencia de lectura de lo que sigue o antecede, prevaleció notablemente sobre la escritura de artículos, libros, conferencias y clases. En su mayoría los escribí para amigos y amigas de Argentina, Brasil, Colombia, Chile, México y Uruguay, investigadores e investigadoras que compilaron o coordinaron publicaciones electrónicas y libros de relatos autobiográficos y tematizaciones pedagógicas escritas por docentes que indagaron sus prácticas y narraron sus experiencias. Muchos de ellos también se movilizan en colectivos y redes de investigación-formación-acción pedagógica en el campo educativo y nos hemos encontrado allí. Aun reconociendo ese lazo de amistad, militancia y cofradía, puedo decir que escribir prólogos, prefacios y epílogos de libros de relatos pedagógicos y leer consecuentemente (es decir, desde una posición de recepción particular) ya forma parte activa de mi trabajo académico. Y que, afortunadamente, constituye una de las experiencias más intrigantes y afectadas con las que me he comprometido en mi trayectoria como investigador, formador y pedagogo. Una práctica de lectura y escritura reciente pero recurrente y persistente; una experiencia vital, reconfortante y placentera, que me vincula de otra forma con los textos, con las amistades y con el territorio de la investigación pedagógica.

Tal vez esa extraña mezcla de lecturas y escrituras sobre textos, de prácticas un tanto perimidas (en la actualidad no son muy valoradas en términos productivos) y de regocijo de la imaginación (siempre se descubre algo nuevo, se aprende), tenga que ver con las singularidades del género. En tanto que pieza textual que antecede al corpus principal, el prólogo o el prefacio anticipa la lectura que sigue y ofrece la propia mediante la escritura, privilegio que manifiesta distinción y responsabilidad a ese primer lector. El que prologa inscribe la obra en una tradición intelectual o en una serie de debates contemporáneos o antecedentes o por venir; traza el vínculo de la propia experiencia de lectura con el texto leído y comentado; señala contenidos estelares o novedosos o creativos; puntualiza e interroga lo suspendido en el texto o las pistas abiertas y a seguir. Es un gesto generoso y magistral, de entrega, de enseñanza. Al regalar la propia lectura del texto convidado a la lectura también comenta como un crítico, dispone una interpretación, hace pública una lectura -la suya- que por algún motivo resulta relevante e interesante. Por eso, en la aceptación de la escritura de un prólogo o un prefacio también subyace la aceptación silenciosa de un reconocimiento, de una gratitud, de un crédito de confianza. En la escritura de un texto de este tipo siempre hay una mínima celebración narcisista y se torna evidente una cierta ingenua e inocua vanidad. Inevitablemente, quien escribe un prólogo o un prefacio o un epílogo se siente un poco más viejo, un poco más sabio y un poco más diablo, luego de escribirlo.

En eso de textualizar la lectura de otro texto, la escritura de un prólogo o un prefacio o un epílogo se emparenta con la escritura de un dictamen o parecer de una tesis doctoral, sobre todo con las que exigen las modalidades de evaluación académica que se guían a través de criterios y reglas de composición humanistas y tradicionales, de tipo narrativo y literario. También, recuerda a la escritura de evaluaciones de pares de proyectos, informes de investigación y artículos, aunque estos tipos textuales están cada vez más capturados por los automatismos tecno-administrados del campo académico y colonizados por la máquina del *paper*, el dato

y la cuantificación. En todos estos casos se trata de textos que proponen y tornan públicas lecturas especializadas del material textual principal y que tienen efectos prácticos y de valoración sobre ellos. La diferencia estriba en que el prólogo, el prefacio y el epílogo comentan a la manera de la crítica estética o literaria y no pretenden institucionalizar una determinada lectura del material textual. Se resisten a la mera descripción, a la sistematicidad obsesiva, a la rigurosidad del dogma. No comulgan con la obediencia a normas rígidas, firmes y seguras. Se inclinan más bien a resaltar sensibilidades, zonzas de vibración y detalles que solo pueden ser percibidos y nombrados en virtud de unas ciertas trayectoria, afinidad, experiencia y sensibilidad. Son escritos de lecturas responsables en términos éticos y políticos. Median, a menudo con prudencia, la relación entre el mundo de texto leído e invitado a ser leído y el mundo de un lector. De cualquier lector. Establecen una conversación con el texto, el autor o los autores y los lectores. Y como en cualquier conversación, privilegian el tono del yo-tú en la enunciación, la suspensión de la propia palabra a favor de la escucha, la disposición apasionada a una posible transformación.

Escribir este prefacio para el libro de relatos “De estudante para estudante: documentação narrativa de experiências pedagógicas na formação docente universitária”, organizado por Juliana Batista Faria, Inês Ferreira de Souza Bragança e Jemima Natalia Dalbo Domingos, tiene todas estas peculiares características de la composición de un texto encarnado y de la tarea siempre, en cada caso, amorosa, cuidada y comprometida de anunciar una novedad, una creación, una obra. En mi lectura se sintetizan y se disparan años de afecto, de ese que se recibe y se da transformándonos; personas que quiero y confío seguir viviendo aquí y allá; territorios amigos y experiencias que resuenan y nos hacen sentir, imaginar y pensar, ser lo que venimos siendo y aventurarnos a vivir; momentos de encontrarse como en un ritual que anuncia una y otra vez la vida compartida, imaginada, escrita.

Juliana vivió y amó mi ciudad, Buenos Aires, durante dos años. Allí amó a Carlos y al tango, haciéndolos cuerpo en su cuerpo de viajante, amante y bailarina, y los sigue amando. Durante esa estancia doctoral participó activamente, con un compromiso creciente y un portuñol cada vez más depurado, en las actividades, conversaciones y movidas de la Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En ese viaje de formación, Juliana vivió y transitó el tejido plural y rizomático que venimos desplegando junto con otras redes y colectivos de docentes a través de procesos co-organizados de investigación-formación-acción pedagógica en territorio. Fue testigo, docente narradora, coordinadora, comentarista, editora, de experiencias locales de documentación narrativa de experiencias pedagógicas y, mientras tanto, tuve el gusto de acompañar la investigación-escritura de su tesis doctoral. A su regreso a Belo Horizonte y a la Universidad Federal de Minas Gerais, también tuve la oportunidad de viajar a su tierra, de escucharla en la defensa de su tesis-obra narrativa y autobiográfica y de conversar en torno a ella con queridas colegas brasileñas, inclusive en bares y restaurantes, en la calle o pasillos, a viva voz o mediante cartas. Sigo encontrándola en el movimiento vibrante, vital y potente de las redes emergentes, instituyentes e insumisas de investigación-formación de América Latina.

A través de estos años, entablé con Juliana una entrañable amistad, cultivé una profunda admiración por su trabajo y espero poder seguir aprendiendo de sus palabras, de sus reflexiones y de su militancia pedagógica. Forma parte del entramado, la interlocución, la lectura recíproca y la escritura juntos que hacen a mi vida como investigador, educador, pedagogo, y a mi participación crítica y colectiva en los campos de la investigación educativa y de la investigación biográfico-narrativa en particular. Junto con otros y otras investigadoras latinoamericanas -entre las que se encuentra Inês Bragança, que mucho tiene que ver con este libro-, hemos trazado un enredo de investigaciones, intervenciones, textos, narrativas, encuentros y amistad que rebasa por mucho los

tecnicismos de la producción extrativista de conocimientos, y que apuesta a la solidaridad, la horizontalidad, la amorosidad y la multiplicidad como criterios de la investigación de, en, desde, sobre, para y por la educación. Esa red de redes es el escenario primigenio de creación de este libro y también el circuito de lectura más cercano. A través de ella, de su frondosidad y dispersión, de su fertilidad e insurgencia, los textos compilados en la obra adquieren una significación y una proyección particulares como intervenciones discursivas en el debate pedagógico contemporáneo y en la disputa por el sentido de la educación, el oficio de enseñar y la formación.

Por todo esto, la que ofrezco en este prefacio es una lectura necesariamente sesgada, oportuna, situada, celebratoria, ceremonial. En realidad, es una relectura de historias ya leídas o escuchadas de la viva voz y lectura de sus autores y autoras en eventos de las redes aquí y allá, una lectura renovada que se informa y dialoga con otras lecturas que fueron conversadas y comentadas en esos colectivos de docentes que indagan sus experiencias, con otras investigadoras y amigas, en redes de solidaridad y de pedagogías vitales. Es la lectura de textos escritos en primera persona, relatos cercanos que hacen una vez más comunidad y que me convocan a conocer de nuevo, junto con otros y otras, los espacios, los tiempos, los personajes, los escenarios, las intrigas y los misterios de la vida en las aulas y la formación, en las redes y en el movimiento pedagógico.

El que prologo es un texto colectivo que recoge, organiza y dispone narrativas de sí escritas por estudiantes de Pedagogía y otros cursos de formación docente de la Universidad de Campinas mediante diferentes ejercicios autobiográficos que combinan la indagación de la propia experiencia de formación vital y profesional, la exploración del mundo pedagógico habitado, transitado y hablado y la documentación interpretativa de un campo de prácticas, discursos, saberes, sensibilidades y cuerpos con la formación del otro y de sí mismo y con la posibilidad de conformar colectivos de interpretación y creación pedagógica que

intervengan en el espacio público mediante la circulación autorizada de las palabras, experiencias y sentidos puestos a jugar por los sujetos de la formación. Por eso, es una obra pedagógica coral, política, instituyente. Un texto plural y armonioso como un coro: una multiplicidad de relatos autobiográficos curados en una obra única que da cuenta no solo de una producción singular y colectiva de docentes en formación, sino también de la experiencia de formación posdoctoral de una investigadora en un grupo de pesquisa educacional también de la Universidad de Campinas. Un escrito político: en la medida en que media, testimonia y reterritorializa la activación narrativa de la memoria pedagógica de la formación, en que compone voces y escritos, narrativas, tematizaciones y argumentos como un manifiesto público de la investigación-formación universitaria y en que confirma la autoría de voces e historias hasta ahora poco escuchadas y recepcionadas en clave de conversación y horizontalidad. También político, porque la publicación de este corpus de relatos alumbró el acontecimiento de la emergencia de un inédito campo de visibilidad sobre la experiencia de formar-se junto con otros, de otras posiciones de sujeto pedagógico activadas para la docencia, de nuevas configuraciones de saber y de discurso sobre un territorio colonizado por los tecnocódigos y reglas preestablecidas que desautorizan la experiencia. Una obra instituyente: ya que documenta microscópicamente el mundo situado, experimentado y silenciado de la formación, pone en tensión y desestabiliza los automatismos heredados o instalados por la “pedagogía de mercado”, crea y comunica otras formas de comprensión, denominación y valor de la experiencia de formación en el mundo habitado y transitado.

La pregunta intrigante, reflexiva y movilizante de “¿Cómo llegué aquí?”, esa que nos pone de frente a nuestra historia deshilvanada de relatos íntimos de trayectos recorridos y acontecimientos vividos y que dispara la revisita a la experiencia de venir siendo el mismo (la misma) a través y con motivo de esas narraciones; la creatividad narrativa y la producción ficcional

colectiva disparada por fotografías de infancia en un "ateliê biográfico" que promueve la lectura, la escucha y la circulación de la palabra en torno de escrituras; y la documentación de experiencias pedagógicas inolvidables mediante relatos escritos, que se organizan mediante cuatro tematizaciones pedagógicas producidas con los estudiantes, fueron los momentos del proceso de indagación-formación que sostiene el libro y que se presentan en el libro y su índice como partes sucesivas. No obstante, el lector podrá entrar al texto por donde le plazca o su intuición lectora recomiende, sin por eso ir en desmedro de una comprensión global de la obra y de su inscripción como acontecimiento discursivo y político en los territorios intersecados de la investigación pedagógica, la investigación narrativa y (auto)biográfica y la construcción colectiva de nuevos sentidos, horizontes y oportunidades vitales para la educación.

APRESENTAÇÃO

DE ESTUDANTE PARA ESTUDANTE: FLORES QUE SE ABREM EM NARRATIVAS PEDAGÓGICAS

*Juliana Batista Faria
Inês Ferreira de Souza Bragança
Jemima Natalia Dalbo Domingos*

Coração de estudante
Há que se cuidar da vida
Há que se cuidar do mundo
Tomar conta da amizade
Alegria e muito sonho
Espalhados no caminho
Verdes, planta e sentimento
Folhas, coração, juventude e fé

Coração de Estudante¹, Milton Nascimento

É com muita alegria que apresentamos esta obra, composta por vinte e cinco narrativas pedagógicas produzidas por jovens estudantes das licenciaturas da Universidade Estadual de Campinas (UNICAMP) que participaram e foram coautoras e coautores da pesquisa de pós-doutorado da professora Juliana Faria, junto ao Programa de Pesquisador de Pós-Doutorado da Faculdade de Educação (FE) da mesma universidade². Esta

¹ Trecho da letra da canção “Coração de Estudante”, escrita por Milton Nascimento. A música instrumental foi composta originalmente por Wagner Tiso. A canção foi gravada por Milton Nascimento no álbum “Amigo”, de 1995, pela gravadora WEA, Informações obtidas em <https://discografia.discosdobrasil.com.br/discos/amigo>, Acesso em 04.07.2024.

² A pesquisa está vinculada ao projeto Experiências instituintes de formação docente, uma abordagem narrativa (auto)biográfica: diálogos latino-americanos

pesquisa foi acompanhada bem de perto pela professora Inês Bragança e teve o propósito de tematizar e desenvolver, por meio da Documentação Narrativa de Experiências Pedagógicas (DNEP), estratégias de leitura, escrita, edição e publicização de narrativas pedagógicas na formação inicial docente. Jemima Domingos, uma das estudantes protagonistas do estudo, também participou, com essas professoras, da organização deste livro.

A DNEP é um dispositivo de investigação-ação-formação que começou a ser desenvolvido há pouco mais de vinte anos pelo *Grupo Memoria Docente y Documentación Pedagógica*, liderado por Daniel Suárez, professor da Faculdade de Filosofia e Letras da Universidade de Buenos Aires (UBA), na Argentina. Daniel coorientou a pesquisa de doutorado de Juliana, acolhendo-a em várias de suas atividades na UBA e na *Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas*, nos anos de 2016 e 2017. Tornou-se um amigo e companheiro de trabalho, como ele mesmo relata no Prefácio que presenteia esta obra. Tivemos a alegria de tê-lo conosco, também, em 2023, quando realizamos uma das sessões do *I Ateneu de Documentação Narrativa de Experiências Pedagógicas de estudantes das licenciaturas da UNICAMP*, atividade de leitura pública e conversa sobre algumas narrativas deste livro. Essa sessão integrou a programação do “Encontro Diálogos latino-americanos em uma rede de pesquisa: formação docente em abordagens narrativas e (auto)biográficas”, realizado na FE/UNICAMP pelo grupo da pesquisa em rede da qual também participamos com esta investigação. Para aquela ocasião, Daniel teve a oportunidade de ler previamente todos os textos que compõem a Parte III deste livro. Em seus comentários, ele destacou algumas características da poética pedagógica das narrativas, sua relação com a literatura, com a arte, com a “ciência do detalhe, do aleatório, do mínimo, do minúsculo”. Entre os recursos literários utilizados pelas autoras e pelos autores estudantes, mencionou: as recordações imprecisas e os inícios caprichosos, geradores de

(CNPq), no qual Jemima Domingos atuou como bolsista.

férteis intrigas narrativas; a polifonia de vozes que trouxeram as palavras de outros para gerar tensão nos textos; as perguntas inquietantes e as perguntas sem respostas como recursos reflexivos; o modo de descrever os cenários, com poucas palavras e valendo-se da imaginação, por vezes, fantástica, do leitor; os mistérios, as desventuras, as adversidades e as peripécias de personagens titubeantes e vacilantes nas experiências pedagógicas narradas. Escutar esses comentários de Daniel foi gratificante para os estudantes. Eles puderam perceber o quanto as suas narrativas lhe provocaram a refletir sobre a experiência estética que se pode mobilizar, frente a uma obra pedagógica.

Como já bem documentado na literatura, o dispositivo da DNEP se vale de uma série de cuidados teórico-metodológicos para promover um trabalho colaborativo entre docentes, demarcando a produção, a publicação e a circulação de relatos de experiência pedagógica em movimentos que buscam a horizontalidade nas relações, a partilha dos saberes pedagógicos e a participação dos diferentes sujeitos no debate público do campo educativo. Apoiados por uma equipe de coordenação, professores e outros profissionais da educação se reúnem para investigar suas experiências pedagógicas, escrevendo, conversando e refletindo sobre elas, por meio de narrativas que são editadas pedagogicamente ao longo do processo. Em nosso estudo, valendo-nos da experiência que Juliana possui como docente narradora e coordenadora da DNEP em território argentino e da abertura que a DNEP apresenta para criações e reinvenções que se dão ao longo do processo vivido com cada grupo, dedicamo-nos a desenvolver esse dispositivo na formação inicial docente, por meio de um componente curricular da FE/UNICAMP.

Há várias pessoas brasileiras que, como nós, organizadoras deste livro, tiveram a oportunidade de vivenciar esse dispositivo em sua integralidade, tanto na Argentina quanto no Brasil. Acreditamos que este livro oferece, entretanto, uma contribuição singular para se pensar as narrativas pedagógicas na formação docente e na produção do saber pedagógico encarnado na vida de

estudantes das licenciaturas. Ele é todo composto por narrativas pedagógicas produzidas por estudantes que vivenciaram a DNEP de um jeitinho bem brasileiro, com escritas afetivas e reflexivas, marcadas por traços da oralidade e das experiências socioculturais das juventudes. Por isso, acreditamos que vale a pena narrar um pouco do que fizemos em cada momento da *pesquisaformação*, de modo que a leitora e o leitor possam conhecer algumas características do modo como adaptamos o dispositivo ao nosso território pedagógico e a esse público.

As referências com as quais trabalhamos para pensar as narrativas pedagógicas foram os trabalhos produzidos pelo Grupo de Estudos e Pesquisas em Educação Continuada (GEPEC), no Brasil, e os trabalhos produzidos pelo Grupo *Memoria Docente y Documentación Pedagógica*, na Argentina. De um modo geral, apoiando-nos, especialmente, na produção do professor Guilherme Prado e do Grupo de Terça do GEPEC, consideramos que as narrativas pedagógicas são textos de diferentes gêneros escritos, narrativamente, por nós, profissionais da educação, com o intuito de refletir e dialogar com nossos pares a respeito das nossas experiências, leituras, investigações e práticas pedagógicas. São textos que costumam ser escritos em primeira pessoa, contando histórias vivenciadas em nossos lugares de trabalho, pesquisa e/ou formação e refletindo sobre elas. Avaliamos, portanto, que os “relatos de experiência pedagógica” produzidos no contexto da DNEP, com as características próprias desse dispositivo, são um tipo de narrativa pedagógica.

O trabalho com a DNEP apresenta algumas especificidades importantes, com seus momentos sucessivos e recursivos já bem descritos na literatura. É um dispositivo que envolve um intenso e demorado trabalho colaborativo de produção das narrativas. No caso da nossa *pesquisaformação*, devido às condições institucionais que tínhamos para desenvolver o trabalho, podemos dizer que vivenciamos duas grandes etapas de pesquisa e que, dentro de cada uma dessas etapas, nós experienciamos todos os momentos

do dispositivo, de forma sucessiva e recursiva, tal como se costuma fazer na Argentina.

Na primeira etapa da *pesquisaformação* (1º semestre de 2022), as professoras Juliana e Inês ofertaram, nas noites de terça-feira, presencialmente, uma disciplina eletiva de sessenta horas no curso de Pedagogia da UNICAMP, intitulada “Documentação Narrativa de Experiências Pedagógicas: produção coletiva de estudantes do curso de Pedagogia”. Participaram estudantes dos cursos de licenciatura em Pedagogia, Geografia, Ciências Sociais, Física e Química. Os encontros da disciplina eram, prioritariamente, dedicados às oficinas de leitura, escrita e edição pedagógica de narrativas produzidas no tempo-espaço da aula. Por meio de diferentes exercícios e dinâmicas que mobilizavam narrativas orais e escritas compartilhadas pelas alunas³, elas puderam ler as narrativas umas das outras (e narrativas pedagógicas já publicadas por outras pessoas), escrever sobre si, para e com seus pares, conversar e refletir sobre as experiências relatadas e editar pedagogicamente os textos, de modo a expandir e aprofundar os sentidos das suas experiências pedagógicas a cada nova versão. Também, houve rodas de conversa e aulas expositivas dialogadas sobre outras leituras sugeridas, do campo das abordagens narrativas e (auto)biográficas em educação. Ao longo do processo, vídeos foram produzidos para orientar a realização dos exercícios narrativos ou sistematizar ideias importantes para a continuidade da pesquisa. Todos os encontros eram iniciados com músicas latino-americanas selecionadas para abrir as portas da sensibilidade estética e dar início a uma reflexão sobre as experiências de vida, pesquisa e formação das participantes. No decorrer da disciplina, cada estudante produziu três narrativas pedagógicas, com determinada quantidade de versões, elaboradas

³ Como a maioria dos estudantes era composta por mulheres, optamos por, a partir daqui, mencionar o grupo de participantes da pesquisa utilizando a flexão de gênero feminino.

após cada rodada de comentários orais ou escritos, compartilhados entre pares.

A escrita da primeira versão das narrativas pedagógicas publicadas na Parte I deste livro foi proposta já no primeiro encontro da disciplina, com o enunciado “Como cheguei até aqui?”, comumente utilizado no dispositivo da DNEP para iniciar o processo. Para que as estudantes aprendessem a comentar (na perspectiva proposta pela DNEP) as narrativas umas das outras, criamos um exercício narrativo – a “Carta do Abraço” – que propunha a escrita de uma carta com comentários direcionados à autora da narrativa. Para a proposição desse exercício, valemo-nos do mesmo gênero textual: uma carta que a professora Juliana escreveu para a turma, na qual ela explicava um pouco do que significa “comentar” um relato no contexto da DNEP e apresentava a proposição da referida carta como algo que auxiliaria a narrativa da colega a crescer em densidade pedagógica e narrativa. As Cartas do Abraço foram trocadas entre as participantes, e cada narrativa, também, foi lida e comentada oralmente por todos da turma, promovendo a escrita de uma segunda versão.

As narrativas pedagógicas que compõem a segunda parte do livro foram propostas de um jeito bem diferente, pois tomaram, como referência, as fotografias de infância selecionadas pelas participantes. Foi um trabalho inspirado em uma experiência de ateliê biográfico que a professora Juliana havia vivenciado anteriormente, ao acompanhar uma disciplina de pós-graduação ofertada pelas professoras Cláudia Starling Bosco e Rosvita Kolb Bernardes, suas colegas do Laboratório de Pesquisa em Experiências de Formação e Narrativas de Si (LapenSI), na Faculdade de Educação da Universidade Federal de Minas Gerais. O enunciado que motivou a seleção prévia das imagens levadas pelas estudantes à sala de aula foi a busca por “uma fotografia que representasse uma experiência marcante da infância”. Para a aula-ateliê de nossa *pesquisaformação*, adotamos uma dinâmica que propunha que cada participante escolhesse uma fotografia (que, naquele momento, não fosse sua) para criar, por escrito, uma narrativa que contasse a

história daquela imagem. Na dinâmica da aula, a narrativa seria um presente a ser dado à colega que havia levado a fotografia: uma “Narrativa-Presente”, simbolizando o gesto de entrega ou doação de palavras, imagens e sentidos que pudessem auxiliar a reflexão sobre a experiência da colega, a reflexão sobre o passado (que está ancorada no “hoje”) e a atitude de presença que devemos ter para com o processo de formação entre pares, viabilizado pela DNEP. As narrativas-presente foram compartilhadas (lidas) no grupo e geraram uma conversação e uma costura entre as memórias de cada participante e as histórias criadas em sala de aula. As narrativas publicadas na Parte II deste livro são, portanto, fruto de uma escrita que foi realizada pelas participantes, após a vivência nessa aula-ateliê, quando elas já estavam de posse das narrativas-presente que receberam das suas colegas.

Por fim, a escrita da primeira versão das narrativas pedagógicas publicadas na Parte III desta obra foi proposta com o enunciado “escreva o relato de uma experiência pedagógica especial, marcante ou inesquecível para você”. Considerando as dificuldades, comumente, enfrentadas no processo de seleção de uma única experiência pedagógica a se narrar por escrito, criamos um exercício narrativo – o “Círculo de Questões Geradoras” – em que, por meio de um entrelaçamento entre possíveis respostas às questões: *Quem? Onde? Quando? Como? Para quê? Por quê?*, em torno da questão central “*O quê?*”, as estudantes iniciaram o processo de escolha de uma experiência pedagógica marcante. Esse planejamento foi apresentado, oralmente, em pequenos grupos e, posteriormente, com toda a turma. O compartilhamento gerou uma conversação que auxiliava as participantes a pensar na configuração da intriga narrativa dos textos que ainda seriam escritos.

As narrativas pedagógicas das Partes I e III passaram pelo processo de edição pedagógica, característico da DNEP, por meio de comentários entre pares e com a mediação de quem coordena o dispositivo, com a escrita de várias versões. As narrativas da Parte II passaram por um processo diferente, pois seu propósito era trabalhar com outras dimensões da escrita narrativa. Ao final da

disciplina, cada estudante recebeu comentários por escrito das professoras. Esses comentários buscaram destacar as potencialidades de cada uma das três narrativas, lembrar todo o processo coletivo de conversação sobre elas e sugerir pequenas modificações que respeitassem as reflexões pedagógicas construídas nesse processo.

Na segunda etapa da *pesquisaformação* (2º semestre de 2022), seguimos trabalhando com um grupo de quatorze estudantes que se disponibilizaram a desenvolver estratégias de publicização das suas narrativas. Além de se dedicar à produção da versão final de cada narrativa selecionada para a publicação desta obra, as participantes passaram a realizar o trabalho de tematização pedagógica das narrativas pedagógicas da Parte III, com a produção de prólogos coletivos em quatro conjuntos (agrupamentos) de narrativas. Esse processo viabilizou que os próprios sujeitos da pesquisa realizassem, com a nossa mediação, um trabalho hermenêutico com o conjunto das suas narrativas, participando efetivamente do processo de interpretação que caracterizou nossa *pesquisaformação*. A produção das tematizações pedagógicas teve continuidade ao longo do 1º semestre de 2023 e foi finalizada com a organização deste livro, composto pelas narrativas pedagógicas que o grupo decidiu publicizar, bem como os quatro prólogos produzidos coletivamente. O leitor e a leitora terão a oportunidade de ler esses prólogos na abertura de cada conjunto de narrativas da Parte III.

Para finalizar esta apresentação, gostaríamos de comentar o título do nosso livro: *De Estudante para Estudante!* Essa foi uma construção discursiva do caminho percorrido até aqui, nos momentos em que as alunas nos questionavam sobre a importância do que escreviam, a quem interessariam as suas narrativas. Certa vez, para trazer algum conforto a essa produção que se mostrava um tanto desconcertante para quem ainda não percebia o valor do conhecimento que se produz na escrita de si, um *insight* nos fez dizer algo mais ou menos assim: “imagine que a sua narrativa será lida por uma estudante, como você, que vive situações parecidas

(ou não) nesse lugar de quem se encontra em formação para ser professora. Compartilhe com essa estudante suas experiências, sejam elas pessoais, escolares ou acadêmicas, institucionalizadas ou não, do modo como você mesma gosta de contá-las! O que podemos te dizer de antemão é que, aqui, entre nós, teremos a possibilidade de partilhar reflexões pedagógicas em diálogo com a sua narrativa. E você poderá reescrevê-la quantas vezes quiser. E, por fim, torná-la pública somente se desejar”. Esse *insight* era o que buscávamos para compreender o lugar do que poderia ser considerado como experiência pedagógica para pessoas que ainda não exerciam, profissionalmente, a docência. Tais experiências, sendo objeto de reflexões pedagógicas partilhadas no coletivo, caracterizariam narrativas pedagógicas escritas, portanto, “de Estudante para Estudante”. Ou seja, a produção das alunas traria ao mundo acadêmico histórias, olhares e saberes construídos pelas estudantes *com e sobre* suas experiências de formação, ao longo da vida, e isso ampliaria o repertório de narrativas pedagógicas que pudessem ser incorporadas à formação inicial de professores. Mas, como sempre acontece em processos *investigativoformativos*, mediados por narrativas, outros sentidos foram surgindo para essa expressão, em diálogo com Milton Nascimento e tantos outros compositores e intérpretes latino-americanos que ouvimos ao longo da nossa *pesquisaformação*. As narrativas deste livro encarnam o *coração de estudante* tão cantado pelo amigo mineiro. Para nós, são como flores que embelezam nossa vida de professoras pesquisadoras, trazendo para o campo fértil das abordagens narrativas e (auto)biográficas as linguagens e o frescor das juventudes que nos acompanharam nessa caminhada. Uma beleza que reaviva, em nós, a responsabilidade dos nossos mais mínimos gestos e palavras na formação das futuras gerações e uma beleza que também comporta a feiura de experiências violentas, que cerceiam a vida de muitos estudantes nas escolas e nas universidades, em que se produzem traumas e exclusões. Com Alice Machado, Bruna da Silva, Bruna de Sena, Eloisa Cavalcanti, Ernesto Etulain, Everly Fagundes, Isadora Tonet, Jemima

Domingos, Leonardo Carbonari, Márcio Saldanha, Maria Beatriz Leme, Poliana Pequenezza, Raphael Santos, Thawany Guillinélli, autoras e autores deste livro, e com as e os demais estudantes que participaram da pesquisa, cantamos a renovação da nossa fé na educação a cada dia, tomamos conta da amizade, cuidamos dos brotos, da vida e do mundo, conforme nos sensibiliza a epígrafe que inaugura esta apresentação. Esperamos que outras pessoas jovens possam se (trans)formar pela leitura deste livro e que outras pessoas não tão jovens assim possam sentir, nessas narrativas, a força da amorosidade que segue nos mobilizando no trabalho de professoras e pesquisadoras, eternas estudantes.

Belo Horizonte e Campinas, 03 de junho de 2024

PARTE I

COMO CHEGUEI ATÉ AQUI?

CONVITES DE ESCRITA

Jemima Natalia Dalbo Domingos

Não daria tempo de escrever sobre a minha vida, desde o dia em que nasci, a partir de memórias narradas por outros, passando pelas que me lembro de quando era criança e das que vivi na adolescência, por como entrei na universidade, até hoje, o dia em que sentei para escrever os caminhos que percorri para chegar até aqui. Você pode estar se perguntando: Aqui, onde? E eu lhe situo nesta história.

O recorte temporal é sobre como cheguei, no dia 15 de março de 2022, às 19h, à disciplina EP817- Tópicos Especiais de Educação: Documentação Narrativa de Experiências Pedagógicas: Produção Coletiva de Estudantes de Pedagogia. Talvez, ainda esteja muito vago, mas calma, aos poucos você se localiza. Seria clichê dizer: “Vamos do começo?” Sim, seria. Vou tentar algo diferente.

Essa é uma disciplina que eu poderia escolher ou não para compor minha grade da graduação. Ah, eu sou aluna do curso de Pedagogia na Universidade Estadual de Campinas. Ou seja, a disciplina não é obrigatória, vai do interesse ou necessidade individual. Ela surgiu, para mim, por meio de um convite de uma das próprias professoras que lecionam a aula, uma verdadeira honra.

Estar matriculada em uma universidade pública e gratuita só é possível, para mim, graças às políticas públicas que visam à permanência dos estudantes, por meio de bolsas de auxílio. Isso significa que, dentro dos critérios de renda per capita, fui contemplada com valores mensais para pagar estadia, alimentação e transporte durante a minha graduação, mediante a realização de um projeto. Essa é a famosa Bolsa Auxílio Social (BAS), em outras palavras, é como se fosse um trabalho com horas reduzidas que é realizado na universidade.

Dito isso, pulemos para o dia 3 de março de 2022, data em que eu precisei escolher um projeto para ser realizado ao longo de um ano. Diversas opções, com diferentes atuações são oferecidas. Ano passado, por exemplo, realizei o trabalho da BAS na creche que fica dentro da universidade e é destinada a atender as mães funcionárias e estudantes. Eu fazia contação de histórias no berçário para bebês com idades de 6 meses a 1 ano e 6 meses.

Naquele ano, resolvi mudar e aproveitar essa oportunidade para conhecer mais o mundo da pesquisa. Estou no meu penúltimo ano da graduação e ainda não publiquei nada, sempre fujo do registro acadêmico, porque me sinto muito insegura com a minha escrita. Neste ato de coragem, encontrei a Inês Bragança, uma professora muito querida e que admiro muito, oferecendo uma vaga em um projeto... adivinha do quê? De pesquisa.

Tive uma disciplina, anteriormente, com a professora Inês e foi suficiente para me encantar com o jeito acolhedor dela com os alunos, então pensei: “Por que não enfrentar esse medo de escrever, de me enxergar como pesquisadora com alguém tão especial e que tem tanto a ensinar?” O projeto era sobre a tal narrativa (auto)biográfica e, sem me aprofundar muito sobre o que se tratava, pedi para ser aceita e fui.

“Experiências instituintes de formação docente, uma abordagem narrativa (auto)biográfica”, esse é o título na íntegra. Logo no primeiro contato com a orientadora, ela me fez um convite irrecusável para participar de uma eletiva que ela, em conjunto com a professora Juliana Faria, iria ministrar neste semestre justamente sobre o tema. Está conseguindo captar? BAS... escolha de um projeto... Prô Inês... EP817... aqui. Um convite me trouxe.

Participar, hoje, desta pesquisa é ter a coragem de escrever, principalmente, quando essa escrita é sobre mim e a minha trajetória. Tem sido um desafio aprender mais sobre si, sobre olhar com carinho os caminhos, os medos, as inseguranças, os potenciais, os erros, os acertos.

Cada linha, cada reescrita representa este ato de coragem, esta experiência, o me colocar em risco, o que me toca, me acontece e

me passa, como diria Larrosa, um autor apresentado nessa disciplina. E esse movimento me permite ir tecendo novas experiências, narrando a minha história, a partir das trilhas da vida, dando-lhe novos significados.

Construir um conceito único sobre o que é ser pedagoga a partir da minha bagagem, não de terminologias prontas de dicionários ou apenas textos teóricos. Olhar para as minhas vivências e saber sobre a importância delas. Não ser uma enciclopédia ambulante que armazena informações e conteúdos e que sabe falar sobre, desmistificar a ideia de que ser pesquisadora é algo totalmente distante de ser pedagoga. Aceitar mais convites como este e escrever...

EU E A GEOGRAFIA

Ernesto Etulain

Eu e a Geografia somos felizes juntos. O que começou como mera teimosia, hoje, se tornou uma realização imensa. Durante a escola, em um grupo de quatro amigos, escolhíamos os cursos para a faculdade: “quero Filosofia”, disparava o primeiro, seguido, rapidamente, de um “quero História”, da segunda, enquanto o terceiro disparava “eu vou para a Música” e, quando percebi, me sobrava a Geografia... De jeito nenhum, eu escolheria o mesmo curso que algum deles: “quero ter o meu próprio curso também”, pensava.

Hoje, durante o mestrado em Geografia, vejo que acertei. E acertei em cheio. Me apaixonei pela Geografia Agrária, algo inimaginável durante a adolescência, e abracei os estudos sobre finanças, política e economia. Sempre nos braços da Geografia.

Neste percurso, a Geografia me permitiu experimentar as suas partes boas e ruins. Foram muitos “aquis” até chegar aqui, estive por *ali*, cursando Geografia e, por *aqui*, cursando Geografia. As viagens e trabalhos de campo foram muitas e, nem sempre, acompanhadas de entusiasmo...

Por outro lado, a licenciatura me mostrava que ser professor e ser geógrafo não eram a mesma coisa, apesar de se complementarem bastante. A licenciatura nem sempre foi querida, principalmente, durante o meio do trajeto, mas vejo que, hoje, sem perceber, a considero “leve e gostosa”. Aqui, nos encontramos eu e a licenciatura, por última vez em uma disciplina eletiva e estamos nos dando bem. Assim como aconteceu na minha relação com a Geografia, a Educação passou a ocupar outro lugar em mim: o que antes eu sentia como uma coerção, na minha formação, aqui e agora, passa a ser mais um compromisso leve e gostoso.

“EU (NÃO) ESTOU BEM”

Thawany Waleska Gullinélli

Como cheguei até aqui? Eu chego aqui com uma mente ansiosa e questionadora. Uma mente que busca entender o que o “novo normal” significa. Chego, trazendo uma maturidade maior sobre a importância da vida, da dor e da morte de pessoas queridas. Chego, sabendo que chegar por si só é uma grande dádiva, e valorizando, ainda mais, o percurso até chegar aqui, pois foi um presente ainda maior.

Eu odeio o que “novo normal” significa. Odeio ter aprendido a superar a ausência de pessoas queridas. Odeio não ter tido a chance de me despedir de amigos e familiares, que em um dia estavam bem, no outro, internados, para, em um terceiro dia, estarmos preparando seus enterros de caixões fechados. Sinto falta de uma normalidade que já não é mais possível que exista. Porque ela já não cabe mais no momento de vida que o mundo inteiro está vivendo.

Chego vazia e cheia aqui. Chego com pensamentos agrídoces, amargos e doces; todos misturados em mim. Chego grata, porque cheguei. Pois conheci pessoas que não tiveram a mesma oportunidade de chegar até aqui, como eu estou tendo.

Chego, com lágrimas, à universidade, sabendo que falta pouco para me formar. Entretanto, chego, sabendo, também, que meu amigo recém-formado jamais vai retornar à faculdade para alguma pós-graduação. Nunca fará um mestrado, nem doutorado, nem nada que vem após um diploma de bacharel. Aliás, ele, provavelmente, nem teve a oportunidade de receber seu diploma, pois se foi antes disso ser possível.

Por isso, hoje, eu sei que estar na universidade é um privilégio. Não apenas no sentido de oportunidades recebidas durante o decorrer da vida, mas sim, porque o próprio dom da vida e de estar

ainda, aqui, com vida, é um dos maiores privilégios que podemos experimentar.

Hoje, eu chego, aqui, com muito mais dores do que sorrisos. Com muitos “estou bem” ditos, quando não são verdadeiros. Chego aqui fingindo que tudo está normal, na esperança de que, se eu treinar o suficiente “estar bem”, tanto a minha mente quanto o meu corpo aprendam a “estar bem” novamente... Talvez, um dia.

Ao que parece, o meu “novo normal” é fingir que nada mudou. Quando, na realidade, nada mais é como antes. Meu eu que está aqui reconhece a Morte, e está nesse momento sentado, ouvindo o que a Morte quer lhe ensinar, para que possa sair do “aqui” e seja capaz de, muito em breve, chegar “lá”.

A ESTRATÉGIA DA VIDA

Márcio da Silva Saldanha

Como cheguei até aqui? Para chegar até aqui, tive uma luta travada com muitos ganhos e perdas, essa luta que se chama obstáculos da vida. Tudo o que passei, a prova da vida, para chegar até aqui, em que encontrei vários obstáculos, entre sorriso e sofrimento... No choro, eu me aliviei e pensei melhor: a estratégia da vida; é claro.

Durante todo esse percurso, acabei perdendo a conta de quantas milhas e quantos quilômetros, tenho caminhado. Perdendo a conta de tudo, testei os ambientes diferentes para saber qual era mais favorável para mim, e, assim, imagino que é possível seguir sem temer. Temer o quê? Temer a morte ou não saber lidar com a vida?

– A resposta, o tempo me disse, como tenho dito às demais pessoas que me acolheram.

– Não foi tão simples assim. Muitos justificaram com a emoção.

Foram as pessoas que passaram por coisas semelhantes à dessa personagem, que foram capazes de me dizer:

– Vai lá, você é forte e determinado, use a sua consciência.

Muitas das vezes, relatei o motivo de eu estar onde estou. Por isso me identifico com a personagem de um filme do tesouro perdido. Antes que me perguntassem: “por que tesouro perdido?”, eu já respondia: “porque cada conquista é uma identificação e descoberta do então tesouro”. É como costumo falar: “de hoje para amanhã, eu e a minha mente estamos prontos para montar o quebra-cabeça”.

E, aqui, estou, onde não imaginei estar. Muitos caminhos traçados... Resolvi escolher esse caminho. Se meu avô estivesse

aqui, diria: “para onde você se foi? Será que você se perdeu? No que você procura por lá, você achou o que buscava?”

Bem, a resposta seria simples: “antes de ir aonde o senhor me pediu para desbravar, tive que fazer esta rota, pois lá tive a ferramenta completa para isto, para novas descobertas, para assim poder escrever a nova página da vida. Nesta página as personagens são novas, estes que estão sentados aqui se formando ao meu lado, cada uma delas teve uma letra muito significativa para esta página. Para a página que um dia, sentado no meio da pedra no meio do rio, lembrarei com muito amor e carinho”.

Valem as lágrimas neste momento.

UM CORPO AQUI E AGORA

Bruna Brito da Silva

Mas, o que é o *aqui*? Ele sempre me foi apresentado com o *agora*. O meu *aqui* e o meu *agora* foram postos em telas *pixeladas* no primeiro encontro em formato remoto da disciplina eletiva “Documentação Narrativa de Experiências Pedagógicas”, após um jantar e após enfrentar uma fila para obtê-lo. E que fila! Há quanto tempo o meu *aqui* não era partilhado com outros *aquis* em uma senhora fila do bandeco?

O bandeco, ou restaurante universitário para os menos íntimos com a Universidade Estadual de Campinas, é o típico exemplo de *aqui* que me remete à universidade, outro *aqui*, onde as diferenças se encontram e partilham espaços. Desse *aqui* universitário, talvez, eu me despeça logo, mas não agora. Agora, eu me encontro em uma disciplina eletiva, da qual eu realmente escolhi participar, pois já cumpri a quantidade obrigatória de créditos eletivos exigidos no meu curso de Pedagogia. Resolvi dedicar-me a esse tempo, a este *agora*, pela possibilidade de que essa disciplina possa me proporcionar momentos de escuta e novas experiências de escrita, para que eu me arrisque, escrevendo novas histórias, para além do curso que as palavras seguem nos textos acadêmicos, que, por vezes, cerceiam o meu contato com as palavras.

Esse *aqui*, como futura professora, foi construído por muitas partilhas. Desde as conversas pelos corredores, os momentos entre as aulas, nas quais era possível encontrar as pessoas no Centro Acadêmico de Pedagogia e, aos poucos, as experiências foram se somando e me conduziram para o movimento estudantil. Assim, aqui, no curso, outros caminhos, talvez, nunca imaginados, também foram construídos e, hoje, me encaminham de corpo inteiro para as pesquisas sobre o corpo e suas potências.

Lembro-me, até hoje, dos *aquis* e *agoras* que, aos poucos, me conduziram para essa minha inquietação que se tornou pesquisa, em meu Trabalho de Conclusão de Curso. Tirar os sapatos para adentrar a sala de atividades corporais era como um ritual, seguido dos exercícios de aterramento que despertavam o corpo, após o almoço, para realizar as atividades ali propostas. Não imaginava que a única disciplina do curso que envolve atividades corporais fosse me instigar tanto. Logo eu, que, por muito tempo, nunca me arrisquei tanto no assunto, que, por muito tempo, fui levada pelo medo e nunca consegui fazer uma parada de mão.

As experiências coletivas vivenciadas na disciplina “Educação, corpo e arte” me levaram a questionar os motivos pelos quais nós, adultos, temos tanta dificuldade para nos relacionar com o nosso próprio corpo e com o corpo alheio. E esse questionamento ficou ali, guardadinho, até que as trocas, no grupo de pesquisa Abacaxi Laborarte, a resgataram. Passei a questionar como proporcionar novas experiências corporais, até que me desafiei a refletir formas de pensar o brincar como uma tecnologia de emancipação do corpo. E agora, aonde será que isso vai me levar?

PARTE II

UMA EXPERIÊNCIA MARCANTE NA INFÂNCIA

A MENINA E A CASA

Maria Beatriz Pugiali Leme

Construções costumam dizer algo
sobre alguém ou sobre histórias.
(Evelise Diandra da Silva)



Imagem 1: Uma menina e uma casa. Arquivo da autora.

Era uma vez uma menina e uma Casa. A primeira, bem novinha e pequena; a segunda, nem tanto. Elas moravam juntas e, também, com uma mãe, uma avó e, eventualmente, uma tia e duas primas.

A menina, que já havia conhecido muitas outras Senhoras Casas (que pediam que a família pagasse uma taxa para usufruir

das suas estruturas e, às vezes, a família tinha que se despedir das paredes, do chão, do telhado, da calçada que brincava junto...), AMAVA aquela casa.

AMAVA mesmo. Amava, quando, em um dos quartos, ela e as primas podiam passar trote para a própria família pela extensão do telefone; podiam ver, de lá de cima, pela janela, um senhor que usava cocar, e que os vizinhos diziam que roubava crianças das suas mães. Amava a “babá”, que, na verdade, era só uma moça que morou no quarto que ficava no quintal por um tempo – mas a menina achava chique dizer que tinha uma babá, igual às crianças da televisão. Amava os vestidinhos iguais que a avó costurava para elas duas, e que as primas “zoavam”, mas ela nem ligava, porque estava igual a avó, e a avó era uma espécie de rainha para ela. Continuou a amar a casa, mesmo depois que ela deixou chegar uma ligação prometendo a visita de um pai que a menina nunca conhecera. E ele nunca chegaria a conhecê-las: nem a menina, nem a casa.

Até que chegou a despedida. A menina, a mãe, a avó, as primas e a tia tiveram de dizer *tchau* a Casa, que também disse *tchau* a elas. Mas, a casa permaneceu a mesma, por muitos anos a fio, apesar das camadas de tinta que a recobriram ao longo dos anos.

Depois de grande, a menina – que já achava que não era mais tão menina assim – e a Casa se reencontraram. Ela, a mãe, a avó e, agora, dois meninos e alguns gatos, retornaram. Ufa! Que saudades. Enfim, lar.

Eles pintaram, limparam, colocaram a pintura de Jesus Cristo da avó na sala (peça essencial no mobiliário da família) e ficou tudo bem. Tudo estava certo. Tudo e todos pertenciam.

Lá, todos brincaram de ser felizes, juntos. Escorregaram pelo corrimão, brincaram de jogos de tabuleiro e jogos *on-line*, assistiram a novelas com a avó e muitos filmes de terror, cuidaram dos gatinhos. Foram enfermeiros “de mentirinha”, quando cuidaram de uma irmã e de um irmão da avó, quando eles se encontravam prestes a mudar para uma casa muuuuuuuito mais longe, que não tinha teto, parede ou chão, e alguns nem acreditavam que existia

mesmo. E a Casa, incrível como era, fez espaço para toda essa gente: suas dores e suas lágrimas, suas brigas e suas risadas.

Mas, a despedida, novamente, fez-se necessária. A família se foi, não tão de bom grado assim, mas foi. Para outra casa, quase na mesma rua.

A Casa, desde a última vez em que a família passou por lá, ganhou uma pintura nova. Mas ainda não sabe o que vai ser. Será que vai ser loja? Recepcionar outra família? Ou vão derrubar suas paredes, seu teto e seu chão?

A menina também ainda não sabe muito bem o que vai ser. Mas sabe que a Casa, uma vez sua morada, agora mora no seu coração. E as flores preferidas dela serão, para sempre, os girassóis dos vestidos gêmeos da avó.

“FAMÍLIA, Ê, FAMÍLIA, AH, FAMÍLIA”¹

Jemima Natalia Dalbo Domingos



Imagem 2: Irmãos. Arquivo da autora.

¹ Trecho da canção "Família", da banda de rock Titãs, presente no terceiro disco da banda, Cabeça Dinossauro (1986, WEA). Disponível em: <https://discografia.discosdobrasil.com.br/discos/cabeca-dinossauro>. Acesso em: 04.07.2024.

Nasci no dia 26 de junho de 1998, na cidade de Jundiaí/SP, onde vivi até 2017, ano em que decidi me aventurar a cursar Administração em uma cidadezinha do interior de São Paulo, chamada Buri. Em 2019, parei a graduação para recomeçar em outra área, então me mudei para Campinas para estudar Pedagogia.

Já havia tido a experiência de morar longe da minha cidade natal, e, nesse novo curso, decidi que queria ficar o mais próximo possível da minha família, por isso escolhi Campinas, que me afasta apenas quarenta quilômetros de casa e ainda me proporciona a chance de estudar em uma universidade pública e estadual, já que, na minha cidade, não tinha essa oportunidade.

Ficar próximo da minha família é algo muito importante, afinal somos o que costumo ouvir de “família atípica”, por conta da quantidade de membros que a compõem. Minha casa sempre estava cheia, ao todo são nove filhos, meus pais, que estão casados há vinte e cinco anos, e um gato.

Como fui a primeira filha, pude acompanhar de pertinho a chegada de cada novo irmão. Todos os anos, nascia um e houve até um ano em que nasceram dois, meus irmãos gêmeos. O que mais me recordo da minha infância é das gravidezes da minha mãe. Por mais caótico que você possa imaginar, a convivência, lá em casa, sempre foi tranquila ou, talvez, eu tenha me acostumado com a rotina.

Várias crianças conversando, ao mesmo tempo, choro, mil tarefas e demandas de cuidado e atenção, talvez, tenham me preparado para um futuro cotidiano na sala de aula, pelo menos era o que eu pensava até o meu primeiro dia de estágio na graduação. De qualquer forma, não deixou de ser útil.

Na minha casa, nunca houve silêncio, com o tempo, o choro e as risadas de criança foram sendo substituídos por conversas em voz alta, ou minha mãe gritando o nome de todos até acertar quem realmente queria chamar. Um fato engraçado é que meus pais decidiram nomear os filhos com nomes compostos, isso significa que são dezoito nomes diferentes.

Jemima Natália, Marcos Vinicius, Rafanie Felipe, Rebeca Nayara, Jairo Higor, Júlio Daniel, Antônio Eduardo, Mário Marcel e Jessé Huggo, respectivamente, na ordem de nascimento. Ainda é comum ouvir perguntas do tipo: “São todos filhos de um pai só?” E sim, são. Apesar de termos traços que nos assemelham, como boca, nariz e testa, temos outros, totalmente, diferentes, como a cor do cabelo e o tom da pele.

Das minhas brincadeiras favoritas, escolinha era a de que eu mais gostava. Como sempre gostei de escola, ajudava meus irmãos com as lições de casa e trabalhos. Minha mãe foi a grande responsável por nosso processo de alfabetização, passava alguns exercícios de cartilha e outros, no caderno de caligrafia, toda vez que alguém aprontava. Quem sabe, por isso, grande parte dos meus irmãos não gostava de escrever, de matemática ou caligrafia, já que isso era visto como castigo.

Nem todos quiseram concluir o ensino médio e isso não foi uma grande questão para os meus pais, desde que estivessem trabalhando e ganhando a vida dignamente. Sou a única filha, até o momento, matriculada na universidade e sempre busco incentivar os mais novos sobre as descobertas e as experiências que a graduação me proporciona.

Por esses motivos, essa, com certeza, é minha foto favorita da vida. Minha história está marcada pela minha infância, pelos momentos que compartilhei com meus irmãos e pais, pelas brincadeiras, pelas dificuldades, por tudo o que passamos e somos hoje.

URUTU

Márcio da Silva Saldanha



Imagem 3: Urutu, cesta confeccionada com fibras de Arumã. Arquivo do autor.

Eu me lembro de como era a vida na minha comunidade, como se fosse hoje. Até então, logo após voltar da aula, estive comentando com a minha colega que, a essa hora, a minha mãe deveria estar voltando da roça, e meu pai, da escola, na qual ele trabalha. É uma saudade a qual me faz lembrar dos momentos em

que vivi como criança, cheios de aprendizados, que não voltam mais... Bem, em outras questões, a gente traz do passado para o presente, eu ouvia as histórias dos meus avós, e dos meus pais, e, hoje, conto do passado para o presente.

Eu optei por um artesanato chamado Urutu, pois eu me lembro do meu pai. Logo que voltava da roça, ele falava para a gente ir cortar alguns Arumã, pois, quando eu era pequenino, para mim, não fazia o menor sentido, ele tecer aquela cestinha de fibra. Não imaginava como tocaria o meu coração, hoje em dia, pois não tive máquina fotográfica para tirar uma foto e guardar para eu tê-la como recordação. Mas, me vale lembrar que dentro desse cesto cabem todas as palavras para construir uma dessas narrativas.

Meu pai dizia, ao tecer essa cestinha tão boba e sem sentido, que ela guardava os desenhos que nelas são gravados através da tecelagem, pois não se usava algum recurso como grafia, lápis e outros. Essa cestinha que tem atravessado por todo esse tempo, desde a criação do YURI, ao meu povo. Quando me referi ao papai, ele acordava de manhã cedo, pois tinha esse costume de acordar cedo, e, logo, pegava as fibras e começava a tecer. Ele vivia falando e como ele se acostumou a fazer isso, desde tão cedo...

Hoje em dia, quando acordo, me vejo pelos lados, me lembrando do que ele me falava, e do que o meu avô falou para ele, de como seriam essas lembranças e ensinamentos, através do conto e das práticas. Os contos e histórias, hoje em dia, são interpretados, como saberes ancestrais. Pensando nisso, acabei contando um pequeno trecho para Jemima, minha colega de curso, pois eu achava tão engraçado... Mas, interpretando bem, se tratava de sabedorias, que uma criança adquire em forma de contos e histórias, pois, quando crescer, ela vai acabar compreendendo como saberes do seu povo. Pois tudo isso, quando vivo, hoje, o que meu pai me contava todas as noites, antes de dormir, eu jamais voltarei àquele tempo, e apenas passo a viver como essas histórias foram contadas. Essa cestinha faz parte de mim, trazendo aqueles lindos momentos, a minha canoinha, as cachoeiras, as pescarias...

ESSA MENINA TÃO PEQUENINA

Isadora Angélica Garzon Tonet

Eu não sou boa em me lembrar do ano em que minhas memórias da infância aconteceram ou quantos anos eu tinha em cada uma delas. A verdade é que minhas memórias de infância não são muito claras, no geral, mas são boas. Muitas vezes, vejo uma fotografia, mas não me lembro do instante em que ela foi tirada, mas essas, em específico, por algum motivo, eu me recordo exatamente do momento.



Imagem 4: Menina-artista. Arquivo da autora.

Desde muito pequena, eu sei que queria ser artista e, se dependesse da minha mãe, ela teria me matriculado nas aulinhas de “ballet baby”, antes mesmo de eu ter aprendido a andar, como, de fato, ela tentou, mas não conseguiu, já que saber andar era um pré-requisito para aprender a dançar. Então, assim que eu comecei a andar, comecei também a dançar.

Na época das fotos, não lembro exatamente qual era a minha idade, mas minha tia disse que devia ter uns quatro anos, 2005 então, eu já era bailarina e tinha certeza de que seria bailarina para o resto da minha vida.



Imagem 5: A bailarina 1. Arquivo da autora.

Eu gostava de colocar a roupinha de ballet e ficar dançando pela casa o clássico "essa menina tão pequenina quer ser bailarina", de Cecília Meirelles, imaginando que estava em um palco, que era a primeira bailarina, muito famosa, muito bonita, que encantava a plateia com meus movimentos leves e graciosos. Provavelmente, só ficava pulando igual a uma cabrita pela casa! Naquele dia, o sofá e o banquinho eram meus objetos de cena, eu os usava como parte das minhas complexas coreografias: subia, fazia pose, pulava, qualquer coisa, menos o jeito tradicional de se usar um sofá. No meio da apresentação, minha tia Maria, a quem eu carinhosamente chamo, até hoje, de "titia", chegou na sala, o que significava mais plateia, então, claro, que não interrompi o ato, afinal, o show tem que continuar.

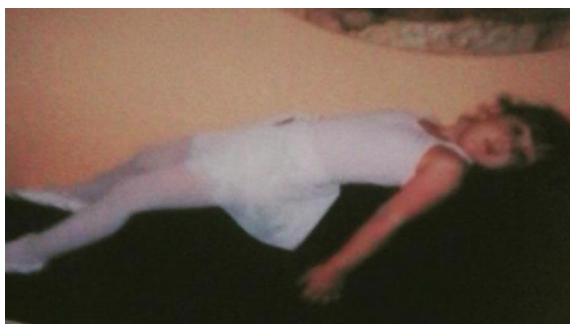


Imagem 6: A bailarina 2. Arquivo da autora.

Imagino que minha tia tenha achado a cena digna de ser lembrada, pois pegou sua máquina e fotografou várias das minhas poses, que, na minha cabeça, eram elaboradas e geniais. Fico muito feliz que titia tenha decidido registrar aquela performance, porque nunca me esqueci dessa sessão de fotos e essas imagens são, até hoje, muito importantes para mim.



Imagem 7: A bailarina 3. Arquivo da autora.

Eu continuei dançando ballet durante toda minha vida, não consigo me imaginar hoje se não tivesse tido a dança e a arte me acompanhando em minha formação. Experimentei e descobri várias outras formas de arte que poderiam fazer sentido, para mim, nas minhas diferentes fases. Atualmente, me encontrei nas artes circenses e tenho me dedicado ao tecido acrobático, mas o ballet e minhas memórias dos meus primeiros contatos com a arte sempre estarão em um lugar especial e importante para mim.

A MINHA PRIMEIRA FOTO ESCOLAR

Thawany Waleska Gullinéli

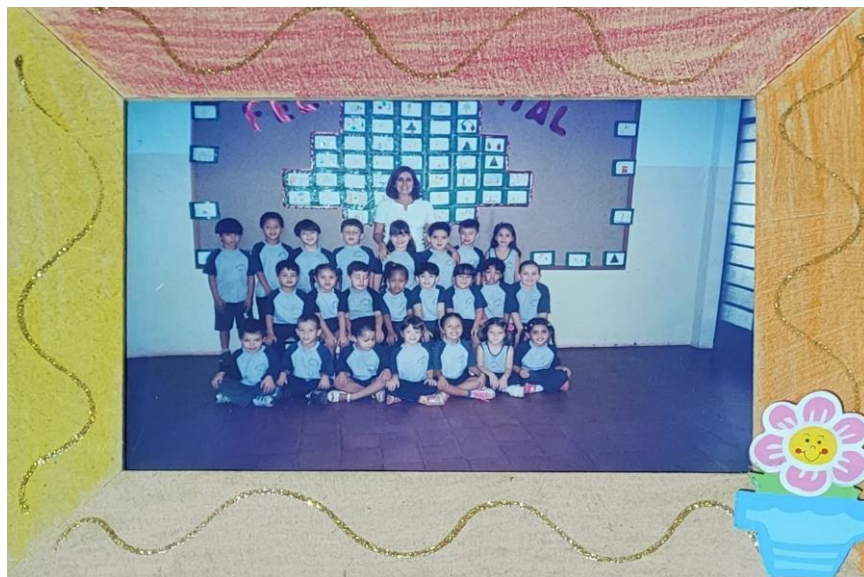


Imagem 8: A primeira turma. Arquivo da autora.

Esta foi a minha primeira foto de turma. Eu estava muito ansiosa para saber como seria. Me lembro que também estava muito feliz pela minha franja nova, que estaria na foto. Tenho um sentimento bom, ao pensar, naquele ano escolar, sinto que foi um ano incrível. Eu descobri, naquela época, que gostava muito de ir para a escola e aprender coisas novas. Também me lembro do sentimento de tristeza, pois, no ano seguinte, teria que deixar a turma da professora Selma. Ou será Telma? Nunca sei ao certo a primeira letra do nome dela, já que sempre a chamava de "tia".

Aliás, eu me lembro, também, que estava brava pela foto ter acontecido depois de brincarmos no parquinho. Eu pensava coisas

do tipo: "vou aparecer toda suada e suja na foto". Além disso, eu queria ter estado ao lado da professora, mas também gostei de estar ao lado dos meus amigos.

Na foto, eu apareço olhando para trás, sinto que é, porque eu estava olhando para o painel, que eu amava. Me lembro de fazer o desenho para o painel, de ter sido divertido, portanto, vê-lo no formato de árvore de Natal me fez extremamente feliz. Eu sempre amei o Natal, para mim, é a melhor época do ano.

Não me lembro de quem foi o fotógrafo do momento. Mas sei que eu estava falando com os meus amigos durante o momento em que foi tirada.

Click. Flash de luz alto.

E, assim, sem eu ter prestado a atenção devida, tinha acabado de eternizar uma memória.

Hoje, ao rever esta foto, eu posso sentir a mesma alegria e inocência daquela época. Sinto que minha experiência, na educação infantil, quando tinha meus quatro anos de idade, foi muito marcante, de uma forma boa.

Acredito que foi boa o suficiente para me fazer retornar à área da educação, justamente, para ser pedagoga e atender a crianças na mesma faixa de idade presente na fotografia.

Essa foto me traz sentimentos nostálgicos, em especial, quanto à presença da professora no centro da foto. Me faz refletir, se meus futuros alunos terão a alegria de me ver em suas fotos. Ou se, ao olharem para as suas fotos de escola, ficarão com raiva por eu estar nelas.

Tudo isso me faz pensar sobre a presença do(a) educador/educadora. Do(a) professor/professora. Não apenas nas memórias eternizadas em fotografias, mas nas memórias mentais de cada estudante.

Espero que, ao rever novamente essa fotografia, daqui a alguns anos, eu consiga sentir que grande parte dos meus alunos e alunas ficará feliz em me ver nas suas fotos. Assim como estou feliz em (re)ver minha primeira professora da educação infantil.

DISFARCE

Ernesto Etulain



Imagem 9: Fantasia. Arquivo do autor.

Nunca fui um grande entusiasta de fantasias. Elas me despertam sentimentos de preguiça (pensar um tema e planejar todo o disfarce) por causa das festas. Festas à fantasia são sempre ambientes desconfortáveis. Quando criança tinha meus heróis favoritos e, é claro, que eles eram as principais referências para o tão esperado dia da fantasia no colégio. Nos fantasiar, no ambiente escolar, era quase como um episódio comemorativo de qualquer série de televisão que nos vem à cabeça.

Como a dedicação nunca foi a minha maior qualidade, me preparei apenas colocando a máscara do Zorro no rosto e fui para o tão esperado dia da fantasia.

Chegando lá, estavam todos muito bem preparados, fantasias complexas e bem pensadas que destoavam do meu círculo mais

próximo de amigos, uns três ou quatro que se apresentavam com uma fantasia burocrática, para dizer o mínimo...

O dia era especial, estavam todos agitados, mas sempre havia o pior dos momentos: a hora da foto. Juntávamo-nos para tirar fotos coletivas e o clímax do esperneio infantil: a foto individual. Quanta bobagem... Para que uma foto minha se eu estou bem aqui?! Se querem me ver, que venham até mim!

Chegou a minha vez. Não tinha como fugir e, numa tentativa de me convencer, as professoras insistiram: “coloque a máscara para a gente tirar uma foto, ninguém vai saber quem é”. Toda aquela rebeldia infantil foi corroída por um segundo, coloquei a máscara, esbocei uma tentativa de sorriso (vou mostrar os dentes, pensei eu...) e a foto foi tirada.

ENTRE TREMELIQUES E BEBÊS, TENTAR É A PALAVRA!

Bruna Brito da Silva



Imagem 10: Eu bebê. Arquivo da autora.

As reflexões, aqui, tecidas são fruto de uma proposta de escrita narrativa que ocorreu em um dos encontros da disciplina eletiva “Documentação Narrativa de Experiências Pedagógicas”. A proposta era criar uma narrativa sobre alguma experiência marcante da nossa infância, relacionada a alguma fotografia ou objeto. Pode parecer uma tarefa fácil de se fazer, mas preciso declarar o meu incômodo com a proposta, que, em si, não tem nada de errada, mas, de encontro com a minha pessoa, gerou uma série de tremeliques e tornou essa tarefa mais desafiadora do que eu esperava. Por sorte, me lembrei da fala de um professor de física, saudoso mestre Dani, que, ao notar, nas nossas expressões faciais, tais tremeliques, frente aos problemas apresentados, logo soltava: "Começemos por partes!". Então, vamos lá!

Parte 1: O que me levou a escolher essa fotografia? O que mais me intriga na minha escolha é que ela diz respeito a um momento do qual não me recordo e que, parte dele, foi narrada

para mim, e, a outra parte surgiu da minha interpretação ao encarar tal registro. Talvez, essas lacunas, que se entrelaçam com o narrado e o interpretado, sejam o que me atrai. Uma atração por sempre tentar saber o que se passava naquele momento, aquele devaneio que nos engole a ponto de tentarmos aguçar os sentidos e, talvez, ouvir as vozes e adentrar em um filme que nunca mais será exibido. A fita foi queimada e o que me resta é a imaginação.

Parte 2: O desafio. Eu me divirto, observando a expressão da minha *eu bebê* e me surpreendo ao ouvir a narrativa criada por outra pessoa a partir da leitura. A mulher poderia ser minha mãe, já que, com a minha própria, não tenho nenhuma semelhança física, e muito menos com a mulher da foto. Nada de novo. O que mais surpreende é que eu vejo minha *eu bebê* muito incomodada com a situação e isso passa despercebido para alguns, principalmente, ao associarem a cena a uma típica demonstração de amor materno. Certezas, eu não tenho muitas, mas me agarro na de que estava desconfortável no momento do registro.

Pensar em bebês é pensar no meu desafio no curso de Pedagogia e nesse mar de interpretações sobre suas expressões. Quando entrei na graduação, eu não tinha nenhuma pretensão de trabalhar com essa faixa etária e sempre me pareceu algo muito distante. O que mais me incomodava, na ideia, era pensar em lidar com seres humanos que se expressam pouco pela fala, o que me gerava a sensação de não ser capaz de lidar com isso. Como entender aquele ser? Como garantir que minhas decisões respeitassem alguém que se expressa de outras formas bem diferentes das minhas formas usuais? No decorrer do curso, fui descobrindo e me descobrindo, e, hoje, eu já me sinto capaz de tentar. Tentar é a palavra que me move, me permitir errar e entender que é possível tentar entender o que aqueles pequenos seres expressam, da mesma forma que me permito olhar para a fotografia e para aquilo que minha *eu bebê* parece me dizer.

PARTE III

UMA EXPERIÊNCIA PEDAGÓGICA INESQUECÍVEL

AS MARCAS QUE CARREGAMOS E DEIXAMOS

Bruna Brito da Silva
Jemima Natalia Dalbo Domingos
Márcio da Silva Saldanha
Inês Ferreira de Souza Bragança¹

A tematização pedagógica que abre a terceira parte deste livro foi produzida com narrativas que nos convidam a mergulhar em memórias de professores em formação que tentam entender como uma onda de lembranças escolares os afetou. Será que existe algum docente, esteja ele em formação ou não, que nunca foi inundado e transbordou com as lembranças e dúvidas referentes aos professores que passaram por suas vidas? Quais as marcas que carregamos? Quais as que desejamos deixar?

O que constitui um bom aluno? Temos medo de ser ruins? Na narrativa intitulada “O peso de ser professora”, Bruna de Sena nos faz questionar essas definições, contando suas experiências, seus medos e “caminholas” que surgiram no contexto de formação de professores. Um giz voador nos faz questionar, também, a relação opressor-oprimido dentro do contexto professora-aluna.

MEDO! Esse sentimento, também, se faz presente nas memórias narradas por Poliana Pequeneza, em seu texto “A culpa não era da matemática”, que compartilha suas experiências com um método de ensino bem tradicional. Afinal, matemática, lousa e exposição não combinam muito. Será mesmo que a matemática é a culpada pelos nossos traumas?

¹ Agradecemos ao estudante Antonio Silveira de Moraes e às estudantes Bruna Brito da Silva, Maria Beatriz Pugiali Leme e Evelise Diandra da Silva pelas contribuições iniciais dadas ao processo de tematização pedagógica que deu origem a este prólogo coletivo, no período em que cursaram a disciplina “Documentação Narrativa de Experiências Pedagógicas: produção coletiva de estudantes de Pedagogia”.

Inspirado por "Diário de um detento"², canção do grupo Racionais MC's, o autor de "Diário de um repetente", Ernesto Etulain convida (ou melhor, "puxa"), em suas palavras, para uma reflexão ansiosa: "Na escola existem dois tipos de estudantes e isso não parava de ecoar na minha cabeça: aqueles que repetiram de ano e aqueles que não repetiram de ano". Tique-taque, tique-taque. Será que estamos aguardando para sermos os futuros algozes? Que modelo de escola é essa de onde nós viemos? E, em que escola, queremos ensinar? Que tipo de marcas, queremos que nossos alunos carreguem? A narrativa se apresenta de uma maneira que não nos deixa parar de pensar: qual terá sido *o fabuloso destino* do lutador Ernesto?

Um dos grandes mistérios da vida é tentar entender o motivo pelos quais os sentimentos nos tocam da maneira que nos tocam, quebrando em nossos corpos como as ondas do mar quebram na areia da praia. Em "Será?", Alice Machado nos convida a mergulhar com ela e suas lágrimas nessa reflexão. Será possível chorar a partir de lembranças de uma professora que foi afetuosa conosco? Será que nossas memórias afetivas deixam a vida nos levar para longe de uma postura autoritária, como futuros professores?

Fica o convite para a leitura dos textos, com os quais podemos construir essas e outras reflexões pedagógicas sobre as marcas que nossas memórias escolares nos deixam e sobre como elas podem nos afetar e se desdobrar em nossa formação e práticas docentes.

² Canção do grupo Racionais MC's (álbum "Sobrevivendo no inferno", 1998, Cosa Nostra Fonográfica / Zambia. Informações disponíveis em: <https://discografia.discosdobrasil.com.br/discos/sobrevivendo-no-inferno>. Acesso em: 04.07.2024).

O PESO DE SER PROFESSORA

Bruna Luciana de Sena

Começo esta narrativa por uma aula deste semestre, a disciplina é legal, e o tema do seminário, decolonialidade, era de meu interesse. Quando o grupo abordou questões raciais, muitos comentários foram feitos, alguns me causaram incômodo, pois é um assunto sensível para mim, já que sou uma pessoa negra. Eu sabia que algumas colocações eram equivocadas, sabia que poderia contribuir, mas não o fiz, não porque não queria me indispor com algum colega, mas por algo que comecei a identificar a partir dessa longa “sessão de terapia” que o curso de Pedagogia tem sido para mim.

Já fiz ensino técnico, estou na segunda graduação (e meia) e só nesse curso comecei a reparar na minha necessidade de me esconder em aula. Comecei a reparar isso logo no primeiro semestre da graduação, mesmo quando sabia uma resposta ou quando uma dúvida minha poderia ajudar outras pessoas, eu, simplesmente, não me manifestava, sempre pensava que não era algo relevante ou inteligente o bastante, ou qualquer outra caraminhola que me convencesse a deixar passar.

Em um dos vários exercícios, em diferentes disciplinas, os professores nos convidavam a revisitar o passado e fui buscando, nessas lembranças, o motivo para essa trava que tenho, pois não sou exatamente uma pessoa tímida, no trabalho, falo em público, com crianças e adultos, individualmente ou coletivamente. Gosto? Não gosto, mas não chega a ser um drama. Pensando que meu desconforto é diferente em ambientes semelhantes, percebi que minha dificuldade é com a presença da figura do professor, a “autoridade”. Tive professores de todos os tipos na minha trajetória e, com todos eles, os medos, o pânico, às vezes, o receio, tudo isso me transpassa, mesmo agora, mesmo adulta. Não consigo me manifestar, opinar, a não ser que seja solicitado diretamente e,

quando o faço, não é por ter algo a dizer, mas sim para não me indispor com a professora.

Quando consegui identificar esse padrão, logo me veio uma suspeita da origem, minha primeira série do “primário”; hoje, anos iniciais no ensino fundamental. Tenho poucas memórias daquela época; algumas, precisei de ajuda da minha irmã mais velha e da minha mãe. A figura de autoridade, daquele momento da minha vida, era a professora O, figura de autoridade, não, autoritária. Todo “mau comportamento” era punido com castigos físicos, cada resposta errada era tratada da mesma forma. Eu, ali, com medo, tentando não ser notada, tentando passar despercebida por aquela experiência assustadora, logo no início da minha vida escolar. Como disse, tenho poucas lembranças, me lembro de uma sala cheia, todos do meu tamanho, pouco mais, pouco menos, eu me sentava ao fundo, na segunda fileira perto da porta. Eu me lembro disso, pois ficava olhando para fora, esperando minha irmã passar, ela fazia isso sempre que possível. A escola era grande, com alunos de anos iniciais e finais do fundamental, muito barulhenta quando o sinal tocava, mas não me assustava, pois minha irmã passaria por lá.

Eu era uma “boa aluna”, quietinha, fazia as tarefas, então, minhas chances de receber um “chacoalhão” ou um giz voador eram pequenas, mas, mesmo assim, o medo me paralisava, e, segundo minha mãe, comecei a apresentar sintomas físicos daquele medo. Tinha febre frequente e sem motivo aparente. Minha irmã passava com mais regularidade na minha porta, me buscava mais cedo, mas, ainda assim, a febre continuava. Me lembro de minha mãe chegar para me buscar e chamar a professora para conversar, me lembro de a professora perguntar o que eu havia contado para minha mãe, e eu atrás dela, não sabia o que responder. Hoje, entendo que minha irmã foi quem contou o que viu nas inúmeras vezes que passava pela porta da minha sala, e que isso, de alguma forma, diminuiu a frequência dessas situações. Ainda assim, reconheço as sensações daquela época em cada disciplina, em cada situação que vivo ainda hoje. Na maior parte da minha vida escolar, ser uma aluna quieta era uma característica positiva, por isso nunca

chamei a atenção ou causei desagrado aos professores. Muito pelo contrário, hoje, a cobrança ou a espera de que me manifeste como aluna, me manifeste em aula, é algo quase violento para mim.

Penso diariamente na minha prática como educadora, em como posso ser causadora de marcas que irão refletir em uma vida inteira de uma criança, e como tento, a todo custo, me afastar do tipo de postura autoritária, mas, na minha persona de aluna, ainda não consegui me desassociar dessa memória.

A CULPA NÃO ERA DA MATEMÁTICA

Poliana de Paula Lucco Pequeneza

O ano era 1999, e eu, com nove anos de idade, cursava a antiga 3ª série do ensino fundamental I.

Era manhã, o sinal da escola tocou e, como de costume, se fez uma fila na porta da sala, esperando a permissão da professora para entrar. Assim que a permissão foi dada, entramos e nos acomodamos em nossas carteiras e, logo em seguida, começou nossa primeira aula do dia... Matemática! Estávamos aprendendo operações de divisão com quatro casas decimais. A professora Vera passou algumas atividades na lousa, explicou e esperou alguns minutos para que pudéssemos resolvê-las no caderno. Fiz todas as continhas, exceto a última, na qual, como uma surpresa, não tão agradável, a professora colocou, propositalmente, um numeral a mais para que pudéssemos “quebrar a cabeça” para resolver. Lembro-me que todas as crianças, e eu também, estávamos com medo da última operação, pois, além de não sabermos como resolver, tínhamos certeza que a professora, além de brava, nos chamaria na lousa. Dito e feito.

Eram seis continhas, e ela foi chamando aluno por aluno para resolver na lousa. O último exercício era a temida conta com os cinco numerais. Lembro-me de fechar os olhos e rezar, desesperadamente, para que não fosse chamada. Mas, naquele dia, a sorte não estava ao meu lado. No último e temível exercício, a ouvi, chamando: Poliana!

Levantei-me ainda desacreditada e vi que as crianças me olhavam com cara de medo, de pena e até mesmo de alívio por não terem sido chamadas.

Fui até a lousa e me deparei com aquela tarefa. Lá mesmo, já não conseguia mais raciocinar e os números pareciam dançar em minha mente.

Atrás de mim, a professora dizia: “Vai, faz!” E eu não sabia nem como começar. Escrevia algo, apagava, pensava, escrevia novamente e nada fazia sentido.

Fiquei ali por alguns minutos, que mais pareciam uma eternidade. Foi quando comecei a chorar e admiti que não sabia como resolver aquela questão.

Impacientemente, a professora mandou que me sentasse, apagou os borrões de giz e como um passe de mágica resolveu aquele grande problema em segundos.

Voltei para o meu lugar de cabeça baixa e sem coragem de olhar para os meus amigos, tamanha era a minha vergonha. Alguns vieram me consolar, outros me olhavam de longe, com pesar.

Sei que, daquele dia em diante, limitei meu relacionamento com a matemática e, de fato, nunca mais fomos boas amigas. Até hoje, me lembro da vergonha que senti. Porém, hoje, sei que a coitada da matemática não teve culpa de nada.

A culpa era mesmo da...

DIÁRIO DE UM REPETENTE

Ernesto Etulain

Fazia calor fora. Na sala, vinte e um graus. A Coordenadora afirmava: “Não me parece possível com estes números...”. Prosseguia: “senhoras e senhores, não há dúvida, este é um daqueles casos...”. Estava decidido, eu era condenado.

Eu estava ansioso, era um ano todo sob pressão. Na escola, existem dois tipos de estudante e isso não parava de ecoar na minha cabeça: aqueles que repetiram de ano e aqueles que não repetiram de ano. Ou você é, ou você não é. Eu estava à espera da minha sentença. Logo antes de mim, um companheiro saía com o mesmo resultado. Ele chorava, estava indignado e com muita raiva. Digno de um adolescente.

Logo em seguida, seria eu. Estava com meu pai à espera da reunião. Tique-taque, tique-taque. O tempo, na sala, passava em câmera lenta. Segundo ano do Ensino Médio, o júri era composto por profissionais que acompanhavam, de perto, todo o processo ao longo do ano. Nada mais adequado do que aqueles indivíduos para julgar o caso. As notas nas provas estavam contra mim: 3,0 em matemática; 2,0 em física; 4,0 em química; 5,0 em biologia. As humanidades eram minhas aliadas, mas estávamos em ampla desvantagem.

Na minha cabeça, eu já sabia, mas o sentimento de ansiedade dominaria o corpo até que o resultado chegasse. Aqueles minutos finais eram como um lutador de boxe ao término da luta, quase grogue, mas que se recusa a levantar, até que... Um gancho te acerta direto no queixo e você cai: reprovado.

Que vergonha, imagine, para uma família, ter um filho reprovado. Meus pais estavam furiosos e desapontados.

Pouco mais de um mês depois, recomeçavam as aulas e, como sempre, todos esperavam para conhecer os novos companheiros.

Meu ânimo já não era mais o mesmo, estava lá para pagar por meus pecados e fui muito bem recebido.

Dois anos se passaram e o fim da escola veio. Para mim, um grande alívio, finalmente, estava livre daquele lugar. Parece que, depois de acalmadas as tensões, todo aquele problemão se tornava apenas uma nota de rodapé e, como orgulhoso que sou, queria provar para aquela escola que eu não era um repetente comum. Vinham os resultados do vestibular e uma novidade: o repetente entrou na universidade e daqui vos escrevo.

SERÁ?

Alice de Souza Machado

Eram quase dez horas da noite de uma sexta-feira, após mais uma cansativa semana. Estava me arrumando para dormir ao som da equipe da SANASA¹, fazendo algum reparo na rua, quando meu marido me perguntou a que horas eu precisaria acordar no dia seguinte. Respondi, aliviada, que não teria horário e que ele não precisaria me acordar. Foi, então, que ele começou a cantar o famoso refrão da música do Zeca Pagodinho: “Deixa a vida me levar (vida, leva eu)”. Empolgada, continuei a cantar o restante da letra: “Só posso levantar as mãos pro céu / Agradecer e ser fiel ao destino que Deus me deu / Se não tenho tudo que preciso / Com o que tenho, vivo / De mansinho lá vou eu / Se a coisa não sai do jeito que eu quero / Também não me desespero / O negócio é deixar rolar”.² E, à medida que ia cantando cada palavra, fui recordando o motivo pelo qual eu sabia toda a canção desde 2002. As lágrimas não se contiveram. Comecei a chorar me lembrando dela.

Naquela fase da minha vida, lá pela segunda e terceira séries do ensino fundamental, tive uma professora que se chamava Maria do Carmo. Eu não me lembro tão bem como eram suas aulas, conteúdos ou precisamente qual era nossa rotina semanal. Mas, com muito esforço, ainda consigo visualizar, em minha mente, como era seu rosto, seu tom de voz e seu jeito de ser.

Acredito que a memória sobre ela seja possível pelo fato de estar permeada de afeto. Seu jeito calmo de falar, sua paciência, sua postura doce ao ensinar. Foi então que, deitada na minha cama,

¹ Uma empresa de saneamento da cidade de Campinas.

² Trecho da canção “Deixa a vida me levar” (álbum homônimo de Zeca Pagodinho, 2002, Universal Music, informações disponíveis em: <https://discografia.discosdobrasil.com.br/discos/deixa-a-vida-me-levar>, Acesso em: 04.07.2024).

rememorei três momentos totalmente aleatórios dessa parte de minha vida e, ao escrever sobre isso, me pus a indagar.

Houve uma vez, durante uma prova, da qual nem me lembro qual era o conteúdo ou a matéria, só sei que era sobre algo muito simples, mas que eu podia ler o enunciado de uma das questões, quantas vezes fosse, que eu não entendia de jeito algum como responder. Precisei ir algumas vezes à mesa da professora Maria do Carmo para perguntar sobre a mesma questão, e ela, de modo paciente, sem me contestar, dizendo que já havia me explicado anteriormente, tentava me fazer entender de diversas formas até “minha ficha cair”. Será que outros professores e professoras na mesma situação seriam capazes de guardar aquele típico comentário: “eu já não te expliquei duas vezes a questão? Não posso te dar a resposta!”?

Houve outra vez, no pátio, enquanto alguns colegas brincavam, ela trouxe a leitura do roteiro de “A cigarra e a formiga” para um pequeno grupo, e nos disse que iríamos ensaiar para apresentá-la. Voltei animada para casa e contei à minha mãe que eu seria uma das protagonistas e que precisávamos arranjar um figurino. Lemos a peça em mais um ou dois outros momentos nas aulas, e a apresentação nunca se concretizou. Será que ela considerou os ensaios ruins? Ou será que o calendário escolar fez com que ela se desapegasse da possibilidade de uma atividade diferente?

E o terceiro momento aleatório, lembrado naquela noite, foi o que evocou a minha cantoria. A música tem disso, de nos transportar a lugares e momentos vividos, como uma máquina do tempo. A música do Zeca Pagodinho fez parte de uma apresentação um tanto quanto simplória e não muito convencional, eu diria. Acho que as professoras precisavam fazer alguma apresentação entre as turmas, e bem no meio do clima da Copa do Mundo a música escolhida pela professora foi “Deixa a vida me levar”, e, em seu conteúdo, faríamos passos de ginástica.

A professora nos dividiu, nos versos da música, entre os que sabiam fazer alguma coisa com o corpo. Eu, que não sabia dar estrelinha ou fazer espacate, como meus colegas, fiquei no grupo dos

que sabiam fazer ponte, mas não aquela de quem sabe fazer a ponte de pé ao ir descendo, mas daquele jeito bem desajeitado, em que você se deita primeiro e, depois, faz a ponte. Será que ela teria imaginado que aquela modesta e inusitada apresentação seria capaz de atravessar vinte anos e continuar ecoando em minha memória?

Bom, eu não sei ao certo porque essa lembrança da minha professora Maria do Carmo me trouxe às lágrimas. Terá sido saudade? Terá sido a certeza de que não podemos nos reencontrar para conversarmos sobre aquelas vivências?

RITOS DE PASSAGEM NA ADOLESCÊNCIA

*Isadora Angélica Garzon Tonet
Poliana de Paula Lucco Pequeneza
Juliana Batista Faria¹*

Você já parou para pensar nos ritos de passagem da sua cultura? Qual rito de passagem da sua vida foi o mais marcante? Será que ele se deu na adolescência? A adolescência por si só já é um período de passagem, que envolve uma travessia difícil, cheia de dúvidas, descobertas e mudanças. Apesar de todo mundo passar por isso, há diferentes maneiras de viver esse período, em função de aspectos culturais, sociais e econômicos. As narrativas de Márcio Saldanha e Raphael Santos tratam desse tema, a partir de diferentes pontos de vista e de lugares, culturalmente, bem distintos: Márcio rememora o rito de passagem da sua adolescência no contexto indígena e Raphael conta uma história mais recente, vivida com um grupo de adolescentes do Serviço Especializado de Proteção Social à Família (SESF).

Na narrativa de Márcio, intitulada “O rito de passagem”, frutas, cores, pássaros e sabores da mata e do rio se mesclam a medo, nervosismo e vontade de fugir do Jurupari. Era assim que Márcio se sentia quando estava prestes a completar seus quinze anos de idade. Nesta idade, em sua comunidade, existia um medo muito grande do momento em que eles teriam que passar pelo rito que lhes prepararia para enfrentar “os momentos mais impossíveis e difíceis da vida”. Em uma história cheia de emoções, sentimentos, lembranças, conversas e trocas com seus familiares e amigos,

¹ Agradecemos à estudante Thawany Waleska Gullinelli pelas contribuições iniciais dadas ao processo de tematização pedagógica que deu origem a este prólogo coletivo, no período em que cursou a disciplina “Documentação Narrativa de Experiências Pedagógicas: produção coletiva de estudantes de Pedagogia”.

Márcio nos coloca diante de algo impactante e, ao mesmo tempo, expande nossos horizontes de reflexão pedagógica, transformando nosso olhar sobre a cultura de sua comunidade.

“Quando o fogo encontra a pólvora” é a narrativa de Raphael, que nos convida a conhecer Antônio, um adolescente atendido pelo SESF e que, também, vive algo que se assemelha a um rito de passagem: do isolamento social, potencializado pela pandemia, aos encontros presenciais, nos quais ele se lança à experiência compartilhada com os colegas. Nessa convivência, acontecem mudanças que dão novos sentidos para as experiências violentas que marcaram a vida dos adolescentes. O modo como Raphael nos conta essa história nos faz lembrar que toda dor importa, nos inspirando a valorizar uma prática pedagógica que abrange tanto o lado sentimental dos seres humanos, quanto o seu lado racional.

Esteja preparado/a para leituras que tocarão sua alma, podendo trazer, à tona, alguns gatilhos traumáticos, mas que terminam nos mostrando o quanto os ritos de passagem podem ensinar e fortalecer vínculos afetivos no seio de uma comunidade e que, muitas vezes, o tempo, o cuidado assistencial de qualidade e o afeto são tudo o que uma alma fragilizada precisa para se restabelecer e ter a confiança necessária para retornar, aos poucos, a vida cotidiana.

O RITO DE PASSAGEM

Márcio da Silva Saldanha

Naqueles tempos, quando éramos crianças, tínhamos aqueles momentos especiais que não deu para esquecer. Ah, se o tempo voltasse e eu pudesse reviver de novo!

Então, foi assim: todo final de ano, na minha comunidade, tínhamos tantos lugares para desfrutar, porque é uma época de seca do rio Uaupés. Apareciam muitas praias e cachoeiras, ao longo do rio, nesses tempos... Eu tinha quatorze anos, quase para completar quinze. Nessas idades, a maior parte da gente, como do meu povo, se torna pronta para passar por um momento de passagem de uma fase para a outra. Como cresci perto dos mais velhos, como meus avôs e outras pessoas da aldeia, eu tive que lidar com as duas comunidades, como a Querarí e Açaí, duas comunidades de etnias diferentes uma da outra e costumes peculiares. A gente, como meus irmãos e amigos, tinha obrigações de seguir a cultura do meu pai. É aí que entra o que eu mais temia quando criança, o Juruparí, a personagem do rito de passagem. Eu me lembro que meu pai dizia que todos os rapazes poderiam passar por isso. Quando ouvíamos o estrondo na floresta, eram juruparis que ecoavam a floresta adentro. Nos dias de rituais, a gente se trancava em casa e/ou fugia para bem longe, onde os homens que participavam do rito não podiam nos alcançar.

Isso, para mim, causava trauma, mas o tempo se passou, e não imaginava que seria a minha vez. Quando papai dizia que o vovô pediu para me levar para a comunidade em que ele morava, foi uma surpresa muito grande, pois acabava de receber a notícia que meus tios resolveram agradecer a um dos primos deles, e esse agradecimento seria feito juntamente com os juruparis. Não tive reação alguma, única proposta que dei para meu irmão era de fugirmos para bem longe. Depois de perceber que não tínhamos

saída, nos rendemos a isso, não somente eu e meu irmão, mas os primos e amigos também foram convocados para essa passagem. Naqueles dias, a gente passou por várias recomendações e orientações, pois vejo que, naquele momento, os velhos passaram uma importante sabedoria, uma filosofia da vida. Enquanto isso ouvia os juruparis dentro da mata, fazendo os últimos preparativos, e o dia não esperado chegava próximo. Me sentia como se fosse um condenado que passaria pelo julgamento final para levar a sentença não favorável a mim por pensar o quão momento dramático eu iria passar em toda a minha vida. Horas depois da orientação e recomendações, a gente atravessava o rio para brincar na praia no banco de areia, que tinha no meio do rio, era tarde muito linda só para nos dar boa sorte, talvez... E, ao cair da noite, em casa, víamos nossos pais continuarem com os preparativos. Meu pai descia para o rio para a pesca e a minha mãe preparava bebida para a festa que iria ter logo após o ritual acontecer. E eu e meu irmão descansávamos para o dia seguinte. Para a nossa surpresa, logo às três horas da manhã, o meu avô nos acordara, dizendo que era para a gente tomar banho, mas não cheguei a pensar que seria tão longe de onde a gente costumava tomar banho. Era na boca do igarapé que chegava a uma temperatura de nove graus. Enquanto os juruparis entoavam o canto estrondoso ao nosso redor, a gente caía na água e, aos poucos, esquecia que fazia tanto frio. Enquanto isso meus parentes falavam porque a gente fazia ou praticava isso, e serviria para nós por durante toda a vida. Assim, a noite se encerrou dando boas-vindas para o dia inesperado, o rito de passagem.

Quando chegamos em casa, vimos todos se preparando para o momento, as pinturas, trajes, adereços, cocares e o instrumento principal era a mostra, uma espécie de chicote, medindo uns dois metros e meio, feito de um cipó e amarrado com sisal e pintado com carajurú nas pontas dos fios, que deixavam ela admirável, faziam esquecer o quanto ela era destemida no ritual. Terminando isso, as nossas madrinhas pintavam o rosto e a parte do abdômen, que é a parte que seria atingida pelo chicote. Aí víamos o anfitrião da festa

vindo na nossa direção, dando ordem para entrarmos, de imediato, para a casa do saber. Um dos meus parentes pedia para sentar no banco enfileirado, pois, antes de tomar bebida cultural, a gente era submetido a morder pimenta e cuspir fora. Nesse instante, já entravam as entidades do ritual, com nervosismo e medo, olhávamos para eles, num momento desses, pensava em correr para fora e pedir socorro. Lamentavelmente, era anunciado o início do ritual de benzimento, em seguida, eles nos seguravam pelos braços e pés e davam uma leve chicoteada com galhos benzidos. Não era o fim, se aproximava a pior parte, vinha Kariama, o chicote que eu mais temia, me chamaram para a posição e o executor me deu duas chicoteadas seguras. Por um momento, eu não me lembrava de nada, por efeito de dor instantânea, o executor disse para ter calma e ir sentar. Quando me sentei, senti tanta raiva, pela dor que senti. Quando meu pai me perguntou não respondi nada, pois ele via que estava furioso e foi na direção do meu tio para que fosse chicoteado novamente. E aconteceu, acredita?

– Pois é, meu pai disse que passou e meu avô falava que serviria para mim, por momentos mais impossíveis e difíceis da minha vida.

Em alguns momentos, os juruparis começavam a sair em direção do rio, com o canto que amedrontava todos que não conheciam as entidades. Enfim, encerrado o ritual, que demorava quase sete horas, vinha festa e a comunidade festejava, feliz, comemorando o rito de passagem.

Eu esqueci que passei por aquilo, ficou o legado dos meus ancestrais, que me deu o ensinamento da sabedoria, hoje, é resistência e luta, para manter os bens herdados por eles.

Eu interpretei essa conversa do vovô com o pai e meus tios. Estávamos voltando para a casa, após longos dias de aprendizado, felizes porque víamos o verão inteiro pela frente para fazer as coisas que a gente gostava de fazer no verão, que era pescar, remar nas corredeiras, nadar no rio, jogar futebol nas praias. E ajudávamos nossos pais nos afazeres, fazíamos roça, caçávamos, à noite, não deixávamos o que aprendemos de lado.

Os integrantes do meu time eram meus irmãos, tios, primos e amigos. Apresento, meu irmão Edinho, Sid, tio Salvador, primos Isaías, Aldair, amigos Edmilson, Marcelino, Belarmino e outros, éramos para lá de bagunceiros, porém sempre guardávamos nosso respeito um pelo outro e pensávamos como uma família. E, no tempo que iria começar a cheia, sempre caminhávamos pela mata a procura de pé de ucuqui, uma fruta típica, predominante das regiões noroeste da Amazônia. Com gosto adocicado, ela atraía vários tipos de animais, acho que competíamos com eles, mas com a fruta em abundância, todos saíamos ganhando. Após as colheitas, procurávamos a fruta umarí, esta era mais fácil de ser encontrada e, assim, nos despedíamos do nosso verão, e cada um da gente tomava um rumo diferente, e parecíamos as aves andorinha ou Japim, que aparecem somente na época de verão, são raras. Fim de ano, celebrávamos sempre o nosso reencontro e contávamos as nossas aventuras, as boas e, às vezes, as nem tão boas, mas a vida é para isso, é para ser vivida, dentro de quais sejam os momentos, felizes, tristes ou outros, e tivemos que passar por isso.

QUANDO O FOGO ENCONTRA A PÓLVORA

Raphael Borges Santos

A presente narrativa busca compreender a potência do retorno das atividades presenciais do grupo de adolescentes do Serviço Especializado de Proteção Social à Família (SESF) de uma OSC¹ em Campinas-SP, no ano de 2022, após o afastamento, devido à pandemia da COVID-19. Todos os nomes de pessoas e instituições apresentados no percurso são fictícios com o objetivo de preservar as identidades.

Os encontros presenciais do grupo de adolescentes foram retomados de maneira territorializada, em equipamentos públicos, promovidos pela equipe de educadores do SESF, serviço complementar que atua em parceria com a política da assistência social no município de Campinas. E, aqui, começa um breve relato do grupo, ou Grupo, pode ser sobre o GRUPO... E sobre os adolescentes, em especial, Antônio.

Antônio iniciou sua participação no grupo de adolescentes SESF em Junho de 2021. Naquele momento, a metodologia utilizada eram encontros via plataformas virtuais, decorrentes das orientações da Secretaria de Assistência Social, Pessoa com Deficiência e Direitos Humanos, devido à pandemia da COVID-19. Durante os encontros, Antônio se mostrava introspectivo e desinteressado, passava com a câmera desligada e, nos poucos momentos em que abria a câmera, estava deitado em sua cama, no quarto escuro, ainda que os grupos acontecessem à luz do dia. Do outro lado, estávamos nós, educadores sociais, tentando encontrar um modo de nos conectar e fazer a educação social, apartada do lugar, ainda que soubéssemos que isso não é possível.

¹ Organização da Sociedade Civil.

Com o retorno das atividades em grupo, presenciais, foram feitas algumas intervenções individuais, estimulando a participação dos adolescentes, que retornaram no mês de Outubro de 2021 e teriam como proposta encontros quinzenais, sendo um no espaço da OSC e outro em algum espaço público da região em que atuávamos.

Utilizávamos o transporte institucional para buscar os adolescentes pela região. No trajeto, Antônio foi o quarto adolescente a entrar. Eram quatro rapazes, entre eles, Dudu, os quais não se conheciam. Antônio entrou de máscara e ficou calado. Ainda que insistíssemos para que falasse, ele se mantinha firme em sua decisão.

– Oi, Zé, que bom que você veio, você está bem?

– Não.

– O que você tem?

– Sono.

– Tá ansioso para o primeiro encontro presencial?

– Tô com sono.

– Pô, sabia que eu sei fazer mágica? Olha isso atrás da sua orelha...

Pego minha moeda e vou em direção a Antônio, mas a expressão de insatisfação é tão constrangedora que recuo e falo, rápido e baixo:

– Vamos buscar mais uma pessoa e logo chegamos.

Buscamos a quinta integrante, chamada Hilda. A mais velha do grupo, com dezoito anos, de uma família conservadora, vítima de violência psicológica, pois não aceita esses comportamentos e age com rebeldia. E, ao entrar no transporte, de primeira, soube com quem se identificava:

– Oie, sou Hilda, como você chama? Eu já amei seu cabelo. (Naquele encontro, seu cabelo era verde, no seguinte rosa e, depois, azul).

– Amiga, eu sou Antônio, que bom que você tá aqui.

– Ai, já somos irmãs, o que a gente vai fazer hoje?

Antônio foi, aos poucos, se relacionando com todos que estavam ali.

– Rapha, pra onde a gente vai? E como chama o povo que tá aqui?

Nos primeiros encontros, o trabalho se deu na perspectiva de vinculação e elaboração de uma identidade de grupo, sendo que, naquele momento, de retorno das atividades presenciais, Antônio demonstrava estar carregado do sofrimento de dois anos de isolamento, somado a todas as experiências anteriores, marcadas em sua intimidade e intensificadas pelo estar só, junto de sua família, mas distante daqueles com quem se identificava. E, ali, buscávamos construir um espaço seguro, ainda que com as dificuldades desses dois longos anos. Não sabíamos o quanto isso seria possível, mas tentávamos.

A partir do 3º encontro presencial, Antônio já estava totalmente entrosado, não só com os educadores, mas com todos os integrantes do grupo, ainda que cada um com suas especificidades, estávamos todos harmonizados quanto ao objetivo e às metodologias que seriam utilizadas para guiar aqueles encontros.

Em Janeiro de 2022, no primeiro encontro do grupo, fomos surpreendidos pois, na mudança de ano, o Grupo teve seu maior espaçamento de tempo entre encontros, os adolescentes intensificaram seus contatos, para além do espaço institucional, sendo que Antônio chegou a sair com Hilda para conversar e se divertir. Será que tínhamos conseguido atingir o primeiro objetivo na construção desse Grupo?

Dessa forma, o Grupo foi se constituindo de maneira orgânica, os encontros mantiveram-se quinzenais, um, em serviços da rede territorializado, e outro, junto com a Proteção Social Básica da OSC em que atuamos. Dessa forma, Antônio foi constituindo seu lugar de liderança afetiva no Grupo, sempre preocupado com o bem-estar dos integrantes e oferecendo afeto, escuta e alegria para o espaço coletivo. E nossas intervenções, como educadores, que buscam estratégias para dar novos sentidos às experiências violentas que aqueles jovens do grupo carregavam, pareciam fazer

mais sentido. Então, sentimos que estava no momento de aprofundar. “Será que dá?” era a pergunta que nos fazíamos.

A proposta que, no início, era de que os próprios adolescentes se mobilizassem com o transporte público para realizarmos inclusões com o transporte institucional foi efetivada por Antônio, que passou a frequentar o Grupo de ônibus com sua amiga Hilda, amiga de vida e do Grupo, para que novos adolescentes fossem incluídos, e, assim, recebidos por eles. Passamos, então, a ir mais fundo nos debates com Antônio, e, com o grupo, tudo estava lindo. Mas nem tudo são flores na vida dos adolescentes.

A autonomia alcançada por Antônio, desde sua chegada no Grupo, auxiliou para que, em algum momento, ele viesse a exercer seus direitos, como eram discutidos no Grupo. Sem muito refletir sobre alguns compromissos, Antônio, matriculado no período da tarde, não gostava de ir à aula nesse horário, e escolheu frequentar a escola no período da manhã, sem avisar a ninguém. Após algumas conversas, pactuamos seu retorno para o período devidamente matriculado.

Também, durante esse processo, ocorreu uma fala complexa, que tocou nos gatilhos de Antônio, e estremeceu a harmonia do Grupo. Até aqui, esse personagem não foi apresentado devidamente. Antônio, um adolescente de treze anos, *gay*, sofreu violência sexual por um parente próximo, que questionava: “Já que ele gosta de homem, vou mostrar o que o homem tem”. Passou por uma série de serviços da rede de proteção da criança e adolescente, até que se encontrou conosco, neste grupo de atendimento do serviço especializado, com outros adolescentes, todos com várias questões em comum, mas, inicialmente, o que os une é a experiência de vida e o encontro nesse serviço.

Durante um encontro do Grupo, uma intervenção homofóbica vinda de Dudu fez com que Antônio se lembrasse de tudo que viveu e, imediatamente, entrou em pânico, com uma crise de ansiedade, e precisasse ser cuidado.

Dudu não é o cara mal, Dudu tem sua história, Dudu tem seus gatilhos, também sofreu violência sexual, de um homem *gay*.

Dudu, também, iniciou sua participação no Grupo de adolescentes, junto com o retorno presencial. E como era de se esperar, o novo e o diferente tocam o adolescente, fazendo com que seus comportamentos defensivos sejam realçados. Sempre que era possibilitado a ele levantar uma pauta para discussão no Grupo, eram a comida e o lanche que tínhamos.

Sabíamos que a comida ofertada no grupo não era o sonho de um adolescente, biscoitos, frutas e sucos. O Dudu queria cachorro quente, bolo e refrigerante. As atividades eram sobre compreensão do conceito de cidadania praticado no nosso cotidiano, sobre alimentação e fome, Dudu só queria jogar bola. Vítima de exploração sexual, violência física e psicológica, tem a violência como modo de se relacionar, como expressão de afeto. E tal gatilho de lembrança, ao conviver com Antônio, no grupo, junto de suas experiências, fizeram com que Dudu construísse uma barreira em seu entorno. A única forma de ultrapassar essa barreira, que foi ensinada a ele, é com a violência, com ele, com outro sujeito, ou contra o coletivo.

E quando o fogo encontra a pólvora, a explosão é certa. Ainda que o meu lugar fosse de orientação, no grupo, sinto o frio na barriga, a garganta seca, a vontade de chorar aperta o peito, mas é, nesse momento, que o GRUPO, como constituição coletiva se apresenta maiúsculo.

A preocupação era de que a estabilidade alcançada por Antônio, até aquele momento, se esvaísse, mas a solidariedade orgânica entre os integrantes, a compreensão do espaço seguro, a dimensão dos objetivos do Grupo e a experiência produzida por Antônio fizeram com que o adolescente demonstrasse compreender, de forma rápida, mas não menos dolorosa, seu lugar no mundo. E colocasse Dudu a refletir sobre suas vivências, que machucam, mas que vão tomando um novo significado, em que a violência se combate com afeto.

Tal vivência nos levou, a nós educadores do cotidiano, apaixonados pela cidadania, pela liberdade, a nos questionar, sobre a identidade coletiva que se constitui no contato. Não existe

educação social apartada do lugar, não existe educação social sem vínculo, mas existe a solidariedade orgânica, daqueles que se identificam com o outro, não por aquilo que lhes fere, não por aquilo que violenta, mas sim, pelo que cura, pelo que cuida, e, na troca, nos humaniza.

ATRAVESSANDO PAREDES COM O OUTRO

Alice de Souza Machado
Everly Cristina Meira Fagundes
Juliana Batista Faria¹

O correr da vida embrulha tudo. A vida é assim:
esquenta e esfria, aperta e daí afrouxa, sossega e depois
desinquieta. O que ela quer da gente é coragem
(Guimarães Rosa).

Começar coisas novas é assustador. Mesmo enfrentando quatro ou cinco anos de estudo na graduação, nem sempre nos sentimos totalmente preparados para as novas etapas da vida e do próprio exercício da nossa profissão, por mais simples que pareçam ser algumas situações do cotidiano. As narrativas de Bruna da Silva, Eloisa Cavalcanti, Leonardo Carbonari e Thawany Gullinéli tratam das suas primeiras experiências vivenciadas como docentes, seja no estágio, seja nas primeiras turmas assumidas em uma escola. Nessas experiências, surgem inseguranças, inquietações e resultados inesperados, que desafiam as autoras e o autor a encontrar maneiras de compreender e superar as dificuldades impostas por algo novo.

Na narrativa intitulada “Aprender exige coragem”, Bruna nos conta que nenhuma das novidades descritas por ela é simples. Aprender a “plantar bananeira”, aprender a ser professora de bebês e aprender a andar, certamente, são ações que exigem coragem, equilíbrio, força, tentativa e erro. Mas, nada como o

¹ Agradecemos às estudantes Brenda Luciana Fernandes, Isadora Angélica Garzon Tonet, Jemima Natalia Dalbo Domingos e Eloisa Nascimento Cavalcanti pelas contribuições iniciais dadas ao processo de tematização pedagógica que deu origem a este prólogo coletivo, no período em que cursaram a disciplina “Documentação Narrativa de Experiências Pedagógicas: produção coletiva de estudantes de Pedagogia”.

encontro com uma bebê tão especial, como Pérola, para que se possa “atravessar a parede” da insegurança e construir uma forma de comunicação que não dependa da linguagem oral para acontecer. O texto nos ensina que adentrar novos mundos faz parte da vida dos professores, desafiados a acompanhar os processos de tantas crianças pequenas, ao mesmo tempo que passamos pelos nossos próprios processos.

Em “A primeira aula”, Eloisa nos conta a história de sua primeira aula como estagiária de uma turma do quarto ano de um curso técnico integrado ao ensino médio. Nesse relato tão sincero, a autora compartilha conosco as adversidades que enfrentou e as emoções que transitam entre a gratidão por estar com uma turma “relativamente calma e madura” e a ansiedade que fazia seu coração “sambar no peito”, enquanto lhe “faltava o ar”. Será que essa aula terminou bem? Como os estudantes interagiram com ela? De que maneira, eles contribuíram ou não para que essa professora em formação atravessasse a parede do nervosismo? Com estas questões, convidamos o leitor a refletir com Eloisa sobre a importância do outro em nossa formação.

Uma das atribuições do professor é avaliar seus alunos. Uma prova pode revelar, dentre muitos aspectos, o trabalho de ensinar do professor e a compreensão dos estudantes sobre determinado assunto. Na graduação, muitas vezes, percebemos que o conhecimento é avaliado pelo quanto nós lemos e sabemos falar e escrever sobre certos conceitos, mas, na escola, como isso acontece? Na narrativa intitulada “Não foi bem assim”, Leonardo nos convida a refletir sobre um episódio que aconteceu na sua turma de 6º ano, quando ele começou a trabalhar como professor: os alunos se saíram muito mal em sua primeira prova. Com isso, ele começou a se questionar - “O problema, então, sou eu?” - e nos faz pensar sobre a relação entre aprender e ensinar para as crianças e refletir sobre como se deu nossa formação na universidade.

O texto de Thawany, intitulado “Você é a mais legal”, nos remete à importância dos gestos de afeto na educação. Os tempos pandêmicos modificaram nossas relações. Muros foram erguidos

entre as pessoas e a falta do encontro presencial tornou mais evidente a dimensão do afeto na docência. No relato de Thawany, o abraço de um estudante atravessou esse muro e provocou reflexões sobre o que faz uma criança gostar ou não de algo ou alguém no contexto escolar.

Com essas narrativas, avistamos situações diversas que podem parecer, em um primeiro momento, becos sem saída. Mas, à medida que acompanhamos as autoras e o autor em seus relatos, percebemos que é com o outro que paredes intransponíveis se tornam desafios possíveis de superar. É com o outro que, de fato, aprendemos, e é com esse olhar sensível aos que estão ao nosso redor que se faz a nossa travessia de ensinar.

APRENDER EXIGE CORAGEM

Bruna Brito da Silva

— Coloca as mãos no chão e dá um chute forte para trás, como se você fosse atravessar a parede!

Sigo as orientações, com as mãos no chão e as pernas me posicionando em uma prancha alta, ou quase isso, impulsionando a minha perna esquerda para cima e para trás, tentando alcançar a parede com o meu calcanhar.

— Você tem força, mas ainda tem medo e acaba se segurando. Tendo força nos braços, você não vai cair. No máximo, vai voltar para a posição inicial.

Sigo nas tentativas.

Esse diálogo com o meu professor é recorrente nos meus aquecimentos para o treino na academia. Quando pedi para montar meu treino, comentei que nunca tinha feito uma parada de mãos, ou “plantar bananeira”, como é mais conhecido, e, agora, sigo nas tentativas. Mas o não fazer não foi por falta de vontade e sim de encorajamento. Aos poucos, fui internalizando medos que não correspondiam às minhas capacidades e, cá estou eu, me segurando para chutar essa parede.

No mesmo período que se seguiu às minhas tentativas de, ao menos plantar uma bananeira, comecei meu estágio na Educação Infantil. Ali, me encontrei com uma turma de bebês, o Agrupamento 1. Pode parecer simples, mas, para mim, não era. Adentrei um mundo completamente diferente, já que nunca havia cogitado trabalhar com essa faixa etária, no qual surgiam muitas inquietações e inseguranças. Mas, lá estava eu, tentando atravessar mais uma parede.

Minha maior insegurança, ao pensar em trabalhar com bebês, era o fato de que esses pequenos seres humanos não dominam a linguagem oral. Como vou me comunicar com eles de forma a

oferecer o que precisam? Como vou saber o que eles querem nos momentos em que estiverem chorando? Engraçado como a ansiedade consegue distorcer essas questões, me fazendo questionar e remoer tudo isso, enquanto cuido das minhas plantas, seres desprovidos da linguagem oral. Ao conhecê-las, fui aprendendo a reconhecer do que elas precisavam. Oras! Da mesma forma que eu aprendi com as plantas, eu preciso aprender com os bebês!

Sete horas das manhãs das terças e quartas. Chegam os bebês, todos recebidos com um bom dia caloroso de todas as educadoras. Aos poucos se espalham pela sala, mas alguns ainda não andavam e eram acomodados nos tatames ou nas cadeirinhas. E lá estava ela, a Pérola. Nas primeiras semanas, ela não andava. Chegava e era acomodada em algum desses lugares, conforme seus resmungos. Com o passar dos dias, era perceptível seu esforço para se sentar, sustentar seu próprio corpo sem o auxílio da cadeirinha ou entregue às posições pré-definidas pela última. E esse processo me chamou atenção. Lá estava eu, participando do grande desafio da Pérola de aprender a andar.

Muitas tentativas. Em determinado dia, ela estava tão inquieta para testar a capacidade do seu corpo que nem dormiu. Foi colocada deitada na cadeira e, logo, já estava virada, subindo, saindo, se apoiando da forma como conseguia. Driblava o cinto abdominal e já estava no chão, engatinhando na minha direção, que estava ali ao lado, sentada. Segurou no meu joelho, me olhou fundo nos olhos e levantou. Me encarou com olhar de quem confia em si, em mim e no processo. Segurou meus cabelos, apoiou o pé na minha coxa e subiu. Se equilibrou por alguns segundos e desceu. Eu a levei próximo à barra de apoio na parede. Olhou demoradamente para aquele longo objeto azul e logo entendeu. Apoiou-se na parede e se levantou, agarrou a barra e começou a balbuciar, enquanto se balançava. Parecia até uma comemoração do grande feito.

Acompanhar o processo de aprendizado da Pérola me fez mergulhar fundo nos meus pensamentos e inseguranças. Ali estava eu, futura professora, aprendendo com uma bebê. Imagina a

dificuldade de começar a andar do zero! Tão desafiador quanto aprender uma parada de mãos. Cada tentativa, cada deslize, cada pequena conquista. Na faculdade, sempre falamos da importância de respeitarmos o processo, mas nos esquecemos que esse processo também envolve um turbilhão de sentimentos que, por vezes, nos travam. Será que vou conseguir? Será que irei atingir as expectativas? Será que devo me preocupar com essas expectativas? E qual o significado desse processo para mim?

Conforme crescemos, uma série de inseguranças depositada sobre nossos corpos e, por vezes, sentimos o peso dela na hora de nos levantar, dificultando nosso processo, minando nossa coragem. E aprender exige coragem. Aqui, penso a coragem não como aquele leão, selvagem e forte, que coloca toda sua potência nas suas ações. Penso a coragem, como aquela fagulha, que inquieta nossos corpos e, no momento menos esperado, nos coloca para jogo e nos faz experienciar.

No meu último dia na escola, ao passar pelo pátio, avistei Pérola engatinhando em direção à área ensolarada e aos poucos ela parou e se levantou devagar, continuando sua caminhada sem pressa, de pé. Atravessamos a parede.

A PRIMEIRA AULA

Eloisa Nascimento Cavalcanti

Em minha primeira aula como estagiária, para uma turma do quarto ano de um curso técnico integrado ao ensino médio, me deparei com adversidades que acreditei que poderiam arruinar minha experiência inicial em sala de aula. Cheguei mais cedo que o comum na escola, meu corpo suava frio e eu não conseguia parar de pensar em encarar vários jovens, falando sobre um tema nem um pouco atrativo, conversando via mensagens com minha colega de curso, que, em uma cidade vizinha, também enfrentava seu estágio e longas seis horas na presença de uma sala de aula caótica. Por algum instante, eu agradecia por estar com uma turma relativamente calma e madura, em outro instante, parecia que meu coração estava sambando no meu peito, enquanto me faltava o ar.

Nessas quase duas horas de espera para o início da aula, em vista de que cheguei antecipadamente para evitar qualquer adversidade em relação ao meu deslocamento até a instituição, minha supervisora me ligou avisando que iria se atrasar e pediu que eu procurasse o outro professor para cobrir seu atraso, e pasmem, o professor que sempre chegava pontualmente, naquele fatídico dia, havia também se atrasado. Depois de tanta espera, minha supervisora chegou e fomos para a sala, organizei a apresentação e tentei encontrar a coragem que a Eloisa do passado teve, ao escolher cursar a licenciatura. Não a encontrei.

Apenas, segui meu roteiro, expliquei o conteúdo e, por algum instante, enquanto os alunos tiravam as dúvidas, me senti leve, como se o mundo tivesse saído das minhas costas. Naquele momento, eu percebi que o meu medo tinha ido embora. Fiquei feliz que os estudantes foram participativos e me auxiliaram na construção da aula. São pessoas que, talvez, daqui a alguns anos, não irão se lembrar da minha aula sobre Constituição e os

desdobramentos históricos que construíram a nova república, mas eu nunca vou me esquecer deles.

Ao finalizar a aula, uma aluna veio em minha direção e disse que amou o jeito que eu explicava e me agradeceu. Fiquei toda boba e contente, porque, de alguma forma, alguém entendeu o que eu tinha para ensinar. Enfim, eu achei que seria horrível a minha primeira experiência como professora, mas, no fim, percebi que a coragem que eu buscava na Eloisa do passado sempre esteve ali, eu só não a enxergava.

NÃO FOI BEM ASSIM

Leonardo Pinotti Carbonari

Eu me considero uma pessoa muito capaz, quando se trata de aprender coisas novas. Durante os meus anos de graduação, nunca duvidei de que seria um bom profissional, mesmo que não tivesse dado muita importância a certas disciplinas que não me prendiam tanto. Afinal, tinha certeza de que, a partir do momento em que começasse a trabalhar, seria capaz de aprender tudo aquilo que me fosse necessário logo de cara. Não foi bem assim.

Saindo de um ambiente em que o seu valor é medido pelo quanto você leu, performou e por quão bem você aguentou as pressões que a vida universitária te impõe, é difícil se desapegar da vontade de mostrar o máximo de conhecimento a todo momento. Ainda mais pelo fato de que, na escola, o mais importante não seria mostrar, mas sim compartilhar, da maneira mais democrática possível, o conhecimento.

Afinal, meus interlocutores, a partir do meu ingresso na vida de educador, seriam completamente alheios à maior parte, senão toda, da teoria dentro da qual aprendi a Geografia. De que adiantaria falar algo só para dizer que se falou?

Quando entrei na escola em que trabalho, atualmente, quis mostrar serviço logo de cara. Vi que o conteúdo que teria que trabalhar com o sexto ano tinha alguns conceitos importantes de Milton Santos e já me preparei para explicar, da maneira mais completa possível, àquelas crianças de dez ou onze anos, o que era “técnica”, qual era a definição de “espaço geográfico”, tudo de acordo com todo o repertório que acumulei ao longo de anos de estudo.

Só retomando: achei que meu trabalho, ou o seu valor, seria avaliado com o mesmo critério com o qual estava acostumado na universidade. Não foi bem assim.

Após algumas semanas, achei que tivesse presenciado enorme progresso dos pequenos estudantes de geografia em aprender aqueles conceitos tão complexos. Isso, até o momento em que tive que avaliar esse suposto progresso.

Na prova que se sucedeu àquelas semanas, percebi duas coisas: a primeira foi que a maioria esmagadora daquelas crianças não tinha aprendido nada sobre os conceitos que lhes havia ensinado. A segunda, talvez ainda pior, foi que aqueles que demonstraram algum tipo de domínio sobre a teoria geográfica que estudaram, não o possuíam de fato. Haviam, com salvas exceções, apenas memorizado e reproduzido aquilo que eu, alguns dias antes, tinha escrito na lousa.

Me questionei. Será que eu não estou fazendo exatamente aquilo que eu critiquei, e me vi sendo criticado por outros, por toda a minha formação? Será que meus alunos vão apenas decorar aquilo que eu lhes digo sem realmente entender o que está sendo dito? O problema, então, sou eu? Não se pode culpar uma criança por não entender aquilo que está sendo explicado a ela, afinal. Especialmente, em se tratando de Milton Santos.

A consequência evidente dessa lacuna de compreensão deixada nos alunos do sexto ano pela minha falta de tato foi que grande parte da sala teve um péssimo desempenho na prova. Fui chamado pela minha coordenadora, a Lilian, para conversar. Aquela mulher, digo sem dúvida, é uma das pessoas mais competentes e inteligentes que já vi na minha vida toda. Por isso mesmo, pensei: aqui está a minha oportunidade de “aprender rápido”, coisa que faço muito bem.

Pois bem, iniciada nossa conversa, logo de cara, fui pego de surpresa por uma orientação que não esperava. Fui instruído a me desapegar dos conceitos. Aqueles conceitos que estudei tanto para aprender e dominar. Não entendi muito bem o que ela queria dizer com aquilo. Em seguida, ela me perguntou se eu já tinha ouvido falar na ideia de “transposição pedagógica”. Disse que não.

É até irônico ela querer me dizer para me desapegar de conceitos da geografia, usando um conceito importante da

pedagogia, mas foi aí que a Lilian me ensinou algo muito importante. A gente, que trabalha tentando educar crianças, precisa priorizar, acima de tudo, a aprendizagem das crianças. Na escola, não importa o quão bem o professor saiba explicar teorias complexas e totalizantes, se ele o faz pensando em si mesmo.

A vaidade que nos é ensinada na universidade não se traduz muito bem para a educação básica, como ficou claro para mim. Graças à minha coordenadora, aprendi isso rápido. Achei engraçado que saí de uma conversa de, no máximo, uma hora, com um conhecimento mais valioso do que muitos outros que aprendi ao longo da minha formação.

“VOCÊ É A MAIS LEGAL”

Thawany Waleska Gullinéli

Era, provavelmente, o final do mês de maio, ou o começo do mês de junho do ano (2022), não me lembro ao certo. Tinha sido um dia muito atarefado. Todo o cronograma do dia tinha ido bem o suficiente. Mas, não me lembro o que exatamente aconteceu naquele dia. Só lembro que era o horário do almoço, entre onze e trinta horas e meio-dia, eu estava passando pelo pátio da escola, o local onde as crianças almoçam, e o Amarelo, o garotinho de seis anos, personagem principal desta narrativa, me abraçou apertado pelas pernas e sorriu para mim.

Quando ele me abraçou, conseguiu toda a minha atenção, já que, em meio à pandemia, não é comum você ser tocada do nada em uma escola. Minha primeira reação foi dizer para ele “hey, Amarelo, lembra que não podemos ficar tocando nas pessoas?”. Entretanto, eu fui mais lenta na fala, por isso, ele me atropelou e já foi dizendo, ou melhor, gritando: “você é a professora mais legal!”.

Após dizer isso, ele, simplesmente, me soltou e correu de volta para a sala dele. Eu fiquei tão sem reação naquele momento, que só fiquei parada. Fiquei olhando para onde ele tinha ido. Após os três segundos de estagnação, continuei andando e fazendo o que eu estava fazendo antes da interrupção.

Foi só quando cheguei em casa, e estava pensando sobre meu dia, que comecei a refletir sobre aquele acontecimento. Sobre a fala de Amarelo. Sobre a espontaneidade e o quanto aquele momento foi "aleatório" no meu dia.

Eu não entendia por que uma criança, de uma turma diferente da minha, portanto, com quem eu não tinha muito contato (além dos dias em que substituí sua professora ou entre os momentos de interação das turmas), me diria que sou a professora mais legal que ele tem.

É preciso ressaltar que Amarelo tem um encaminhamento para uma avaliação com uma psicóloga, pois há a suspeita de que ele tenha autismo leve. Essa suspeita se deve a hábitos dele, como: comer a comida sempre da mesma forma, sentar-se no mesmo lugar todos os dias, pegar sempre o mesmo colchão para o cochilo, usar sempre o mesmo talher, entre outros. Tanto que, nos horários de almoço em que minha turma e a dele estão juntas, sempre preciso separar uma colher de cabo branco para ele, senão ele se recusa a participar da refeição.

Por essa razão, ao pensar naquele encontro que tivemos, me pergunto se Amarelo realmente gosta de mim. Ou se ele gosta de mim tanto quanto gosta da sua colher de cabo branco. Essa pergunta me vem à mente todas as vezes que ele passa e faz questão de gritar “oi” para mim. Ou quando eu o vejo e aceno, e, então, ele corre para mim e começa a contar de forma efusiva várias coisas ao mesmo tempo.

Ainda ontem, pensei sobre isso mais uma vez, antes de escrever essa narrativa. Por fim, cheguei à conclusão de que não me importava realmente a razão para esse sentimento dele. No fim, o que nos leva a achar alguém a pessoa “mais legal”? O que faz com que a colher de cabo branco seja mais legal do que a de cabo marrom? O que faz você se identificar mais com uma coisa do que com a outra? Isso tudo é uma grande incógnita da mente humana, para mim.

Portanto, hoje, me contento em saber que ele me acha uma professora legal. Que aquele sentimento expressado por Amarelo é real e merece ser reconhecido e validado na sua plenitude, sem questionamentos. Por isso, eu aceito aquelas palavras doces e as guardo em meu coração. Porque, pensando bem, Amarelo poderia ter dito que me acha algo pior, ele poderia ter dito que eu era a “professora mais chata”.

AMANHÃ SEREI PROFESSORA!?

*Maria Beatriz Pugiali Leme
Thawany Waleska Guillinélli
Juliana Batista Faria¹*

A vida é feita de escolhas. Naturalmente, a decisão profissional desafia a todos em algum momento da vida, e enfrentar-se com a realidade do curso de graduação pode nos trazer insegurança e confusão... Mas, não é só isso! Outras dimensões da vida nos atravessam e nos colocam diante da necessidade de enfrentar mudanças e permanências, paixões e decepções, alegrias e tristezas que marcam a nossa jornada no curso superior. As narrativas de Isadora Tonet, Jemima Domingos e Everly Meira são um bom exemplo disso.

Na narrativa “Minha jornada do herói”, Isadora se depara, pela primeira vez, com a mudança da sua cidade natal para encarar o curso de Ciências Sociais em Campinas. Em sua bagagem, ela traz um livro misterioso, que a acompanha desde a conclusão do Ensino Médio, por indicação de um professor. O que ela não sabia era o quão importante seria esse presente para ela: em meio às repercussões que a pandemia trouxe para sua vida, a leitura daquele livro lhe possibilitou fazer um mergulho no passado e renovar sua motivação para seguir em frente. Isadora nos ensina que a jornada do herói se faz por caminhos tortuosos que, muitas vezes, fogem ao nosso controle. Cada pessoa tem e vive sua própria saga, com desafios, mistérios, tesouros escondidos, derrotas e vitórias.

¹ Agradecemos ao estudante Ernesto Etulain e às estudantes Poliana de Paula Lucco Pequeneza e Bruna Luciana de Sena pelas contribuições iniciais dadas ao processo de tematização pedagógica que deu origem a este prólogo coletivo, no período em que cursaram a disciplina eletiva “Documentação Narrativa de Experiências Pedagógicas: produção coletiva de estudantes de Pedagogia”.

Na jornada de Jemima, relatada no texto “Recalculando a rota”, o encontro com um professor “horripilante” de outro curso a fez perceber que só faltava uma decisão para que sua rota fosse recalculada. Mas, como fazer isso enfrentando a solidão? Até quando ela estaria sozinha? Caminhando com as inseguranças e uma série de frases desmotivadoras, Jemima compartilha conosco o desafio da escolha por ser professora e nos emociona pela coragem de a ter realizado.

Será que em cada uma de nós existe uma professora hibernando até que tomemos a decisão de ensinar? Desde muito nova, Everly já sabia que química era sua paixão, mas e quanto a gostar de ensinar? Sua narrativa, intitulada “Amar, desafiar... desistir ou continuar?”, conta os percalços de uma jovem estudante que sofre em meio ao turbilhão de sentimentos, demandas e experiências que a vida universitária lhe proporcionou. Porém, apesar de todas as pedras em seu caminho, ela ainda sente acesa a chama que lhe motiva a continuar sua jornada, como professora.

Essas narrativas nos convocam a conhecer sentimentos, dilemas e percalços enfrentados pelas estudantes e a reconhecer o processo de escolha da profissão não apenas por seu resultado, mas como um processo contínuo de aprendizagem que nunca termina. Ser professora! Essa é a escolha para o nosso amanhã. Será?

MINHA JORNADA DO HERÓI

Isadora Angélica Garzon Tonet

“Não se preocupe. Você tem uma vida para se decidir. Feliz ano novo!” Essa foi a resposta que tive ao dizer que, apesar de gostar do meu curso, não tinha certeza de que era o que eu queria mesmo, e foi com essas palavras de carinho que eu comecei o meu ano de 2022. Pode até ser uma mensagem mais ou menos padrão de “feliz ano novo”, mas, para mim, foi muito importante, porque veio de uma pessoa especial: um professor do tempo da escola.

Quando penso no que me levou a querer ser professora, não me vem à cabeça um momento específico ou uma situação que determinou essa minha vontade, mas penso nos meus professores, que eram verdadeiras inspirações para minha vida. Eu queria ser como eles! Tive muitos professores que me influenciaram a também querer ser professora e sempre lhes serei muito grata.

“M” foi meu professor de produção de texto (“PT”) nos anos de 2014 e 2015, quando eu cursava o 8º e o 9º anos. Me lembro, inclusive, que, no oitavo ano, suas aulas eram às sextas-feiras, no último horário, então a turma ficava a semana inteira aguardando o momento do professor mais esperado entrar na sala. Ele era um professor exigente e sério, se referia aos alunos como “aluno” ou “aluna”, era raro chamar alguém pelo nome, não tolerava conversa paralela e nem textos mal escritos; em resumo, era bem diferente do que se espera de um professor favorito dos alunos. Esse perfil era como um personagem que ele assumia para a sala de aula, o de “professor malvado”, porque ele não era malvado de verdade, não consigo imaginá-lo desrespeitando um aluno ou negando qualquer tipo de ajuda, mas esse foi o jeito que ele criou para se conectar mais com seus “minions” (outro carinhoso jeito de ele se referir aos estudantes).

Mesmo que PT, em regra, não fosse uma matéria muito emocionante, M conseguia dar aulas incríveis, conectando a matéria com cinema, literatura, artes visuais, mitologia e músicas, o que não só despertava nosso interesse pelos temas diferentes que ele trazia, mas também nos incentivava a escrever bons textos. Até hoje, me lembro bem de algumas dessas aulas.

Uma delas foi sobre a “jornada do herói”, um modelo de contar histórias que pode ser identificado na maioria dos filmes, livros e mitos, no qual o personagem principal se depara com diferentes situações e escolhe caminhos que seguem um padrão. Resumidamente, toda história começa em um ponto de partida, uma situação em que o personagem principal, o herói, vive sua vida normal, pacata, talvez, se sentindo perdido, até que recebe um chamado para uma aventura. Se ele aceitar esse chamado, ele parte para sua jornada e terá que superar desafios, ter coragem, fazer aliados e protegê-los do mal, derrotar inimigos, encarar seus medos e, no clímax, derrotar a maior ameaça do enredo. Ao longo da jornada, o herói passa por uma transformação, uma evolução espiritual, amadurece e, no final da história, ele volta para o lugar de onde partiu. Mas as coisas nunca serão como antes. Esse arquétipo está na maioria (senão todas) as tramas contadas na grande mídia e, também, na mitologia; me lembro que M deu os exemplos de Harry Potter e de Édipo, que seguem exatamente esse molde.

Outra aula memorável foi sobre ritos de passagem, na qual M nos apresentou algumas cerimônias de iniciação, que marcam a saída da vida de criança para a vida adulta e exigem esforço e sacrifício para se desprender da vida infantil. Na jornada do herói, muitas vezes, um rito de passagem é o que o convida para a mudança de vida e, nas nossas próprias vidas, alguns fatos marcam essa passagem, como deixar de gostar de brincar com brinquedos, ter mais responsabilidades, ter gostos diferentes, entre outros que mudam durante determinada fase da vida.

Na última aula do M, no final do nono ano, uma aula muito emocionante de despedida. Em determinado momento, ele nos convidou a voltar ao colégio, depois da nossa formatura, porque

queria nos indicar um livro para o começo de nossas vidas, depois da escola. Esse livro misterioso já era assunto entre os alunos. Nenhum ex-aluno contava qual era esse livro, então, quem queria descobrir, teria que se lembrar desse convite até o final do terceiro ano do Ensino Médio, voltar ao colégio e conversar com o M. E assim eu fiz, em 2019, um pouco depois de me formar, voltei com alguns amigos ao colégio e nós, finalmente, perguntamos a ele qual era o livro. Com o nome do livro misterioso em mãos, mal podia esperar para lê-lo... Mas não foi isso que aconteceu...

Antes de ter a oportunidade de ler, minha vida virou de cabeça para baixo, quando passei na Unicamp e me vi diante da escolha mais desafiadora que já tive que tomar até ali: se deixaria Belo Horizonte, a minha cidade do coração, para ir estudar em Campinas. Essa decisão foi muito difícil para mim, porque minha vida toda estava em BH e, com apenas dezoito anos, não tinha tanta segurança se o curso que eu tinha escolhido, Ciências Sociais, seria a combinação perfeita para mim. Mas, escolhi aceitar o desafio e me mudei de cidade.

Agora, eu estava morando sozinha, em uma cidade nova, sem conhecer ninguém, começando um curso sem ter certeza de que era o que eu queria. Sem entrar em muitos detalhes, eu demorei muito para conseguir ler o livro.

Hoje, eu tenho certeza de que me mudar foi a decisão certa, porque não consigo imaginar minha vida se não tivesse vivido tudo o que vivi aqui e se não tivesse conhecido os amigos que fiz na Unicamp. Em 2019, eu estava muito feliz também com meu curso, me apaixonei pela Antropologia e me via sendo professora de Sociologia no Ensino Médio.

Mas, tudo mudou novamente em 2020, com a Pandemia da Covid-19. Voltei para BH e passei o período de isolamento na casa da minha mãe. Foram dois anos muito difíceis e de muita reflexão sobre mim mesma. Perdi completamente a motivação em relação à faculdade e estava considerando não voltar para Campinas, em 2022, com o retorno das aulas presenciais. Durante aquele período,

aproveitei para ler muitos textos que não tinham a ver com meu curso e, enfim, li o livro misterioso.

Fiquei muito feliz ao ler e poder relembrar das minhas aulas favoritas de quando estava na escola, porque muitos dos temas discutidos no livro eram temas das aulas inesquecíveis do M: a jornada do herói, ritos de passagem, cinema e, principalmente, mitologia. Fiquei feliz, também, ao encontrar no livro, mesmo que indiretamente, um pouco da parte do meu curso de que eu mais gostava, a Antropologia, já que essa temática de mitos e rituais é muito estudada na disciplina e muito me interessa. Eu gostei muito da leitura que demorei tanto para fazer e foi especial ter lido em um momento, em que me sentia um pouco perdida. Pude encontrar nele conforto e alguma forma de esperança.

No dia 31 de dezembro de 2021, estava em casa com algumas amigas nos preparando para a virada do ano. Estávamos tão ansiosas para o período que ia começar, com tantas promessas de que a vida “voltaria ao normal”, que decidimos fazer o máximo de “rituais” de ano novo possível, vestir branco, comer lentilha, comer uvas, jogar alho para trás, escrever metas, beber espumante e qualquer outra crença que a gente tenha inventado na hora.

Um pouco antes da meia-noite, vi que uma amiga tinha postado recomendações de livros que ela tinha lido em 2021 e, entre eles, estava... o livro misterioso. Na inocência, eu comentei “o livro do M!!!”. Me surpreendi alguns minutos depois ao receber a mensagem, em particular, de M, que dizia: “Shhhh, não espalha. Quero que meus alunos voltem”. É claro que eu, imediatamente, excluí meu comentário. Depois disso, nós conversamos um pouco e eu comentei que estava para me formar em Ciências Sociais, mas que, apesar de gostar, não tinha certeza de que queria continuar nessa área depois de concluir o curso. E, aqui, voltamos ao início deste relato, com a mensagem que me deu um conforto tão grande, que pareceu ser tudo que eu precisava para ter mais confiança para começar o ano. Me pergunto se aquele meu professor sabe o poder que as suas palavras têm sobre seus alunos, mesmo anos depois de ter aula com ele.

Bem, depois de muita reflexão e considerações, escolhi voltar para Campinas. E, aqui, estou, concluindo o que posso considerar a minha primeira jornada da heroína, que começou quando aceitei o desafio de largar tudo e vir para a faculdade. Passei por muitos capítulos desafiadores e (talvez) essa jornada se encerrará no final do ano, quando me formar e voltar para BH, o meu ponto de partida, mais amadurecida e completamente mudada.

Infelizmente, como M quer seus alunos voltando, não posso revelar, aqui, o título do livro. Mas, como quero que ele chegue ao máximo possível de pessoas, vou tomar a liberdade de me apropriar da tradição e convidar a quem estiver me lendo que me procure se quiser saber qual é esse livro, tão poderoso - e até mitológico -, que é tão especial para mim.

RECALCULANDO A ROTA

Jemima Natalia Dalbo Domingos

Em minha primeira semana da graduação na Unicamp, todos os professores fizeram uma rodada de apresentação da turma, pedindo para dizer o nome, idade, cidade natal e responder: “Por que escolhi pedagogia?”. Uma pergunta tão simples que ecoou, ao longo dos dias, me fazendo refletir sobre minha escolha.

Porque gosto de crianças. Essa foi a minha primeira resposta, algo simples e inocente, mas que, ao decorrer de cada semestre gerou reflexão. O argumento passou a ser pergunta: “Basta apenas gostar de criança para ser pedagoga?”, essa começou a ser acompanhada de outras: “Quais caminhos eu tinha traçado para chegar até esse curso? Quais experiências vivenciei para escolher o curso de pedagogia? Quais outras precisei renunciar para estar ali?”.

Em 2015, eu acabara de concluir o ensino médio, título esse que marcou a transição de estudante para desempregada. Entrar em uma universidade não foi um incentivo por parte da família e eu não tinha ido bem no ENEM¹ daquele ano.

Naquele momento, na situação em que nos encontrávamos, o melhor seria arrumar um trabalho. Filha mais velha em uma família numerosa, qualquer ajuda financeira era crucial. Foi assim que trabalhei por quase um ano, como jovem aprendiz, em uma fábrica de banheiras em minha cidade natal, antes de tirar uma boa nota nos vestibulares do ano de 2016.

Tendo em vista ingressar em um curso que me proporcionaria um bom salário, depois de formada, e que ainda não fugisse muito do que já tinha estudado anteriormente, optei por uma graduação em Administração, afinal tinha feito um curso técnico na área em uma escola técnica integrada ao ensino médio.

¹ Exame Nacional do Ensino Médio.

Foi assim que me mudei para uma cidade no interior do estado de São Paulo, com cerca de cinco mil habitantes, na época, para realizar administração voltada ao agronegócio em um campus da Universidade Federal de São Carlos, localizado em uma fazenda produtiva em Buri. Foi desafiador e instigante me aproximar desse universo agro, mas, ao longo do caminho, o brilho pela área foi se ofuscando a tal ponto de me desanimar completamente com o curso. Nesse momento, parei de frequentar regularmente as aulas, exceto aquelas da disciplina de Gestão de Pessoas.

Sabe aquele professor de quem ninguém da sala gosta muito? Aquele que é temido pelos alunos, porque passa provas difíceis, trabalhos surpresas e dinâmicas mirabolantes? Aquele que até faz alguns chorar de nervosismo na frente da sala inteira? Pois bem, eu tive um desses naquela graduação e, por mais horripilante que sua descrição possa parecer, ele contribuiu positivamente na minha trajetória.

Então, imagina uma estudante frustrada e insegura, que já tinha concluído metade de uma graduação e que só frequentava uma disciplina com o professor mais temível! O que havia de especial que me fazia acordar cedo e frequentar aquela aula? Por que o sentimento de fracasso não aumentou ou se concretizou quando tirei 0,4 em uma de suas provas? O segredo estava na dinâmica da aula, ela mudou o meu jeito de olhar todo aquele sentimento avassalador que me atravessava.

Chamávamos de aula invertida, no sentido de que os alunos assumiam a lousa e ficavam responsáveis por explicar sobre recursos humanos para os colegas e o professor. Enquanto a maioria levava isso como uma obrigação, no sentido de necessidade para ser aprovado e não precisar refazer ou passar por aquele momento mais uma vez, eu me encontrava, me reconhecia.

Era prazeroso elaborar formas de explicar, ficava horas pensando nas possíveis perguntas que o professor faria em tom provocador para saber se eu realmente teria entendido o assunto, então devorava livros e videoaulas e sempre procurava maneiras de ensinar e aprender...

Assim foi até quando essa dinâmica acabou. Em seguida, me deparei com o curso cada vez mais atrasado, os estágios chegando, os trabalhos acumulados, um turbilhão. Fazia-se urgente alguma mudança, não dava para continuar do jeito que estava, eu precisava fazer algo a respeito, mas o quê?

A figura do professor permanece, dessa vez, ele solta a seguinte frase em aula: “Vocês só serão bons administradores, ou melhor, bons gerenciadores humanos, quando precisarem demitir um funcionário a sangue frio, isto é, mesmo sabendo da sua história, da sua carência por aquele trabalho, precisar dispensá-lo”.

Aquelas palavras, ao invés de me dilacerar, me acalentaram. Eu não me via como uma administradora, quiçá como boa, pelo menos agora teria uma justificativa. Se eu precisava de um motivo para sair do curso, ali ele estava! Somando a isso, uma amiga havia tirado uma foto espontânea de um dos dias em que eu estava na lousa, explicando aos meus colegas sobre tendências de mercado ou algo do tipo. Quando recebi a foto, me reconheci.

Eu tinha ali uma boa motivação para uma mudança, só precisava me decidir. Em determinada época da minha vida, ouvi da minha mãe que eu era inteligente demais para ser professora. Esse sentimento se internalizou a tal ponto que fazer pedagogia, talvez, ferisse o que as pessoas, principalmente, a que eu mais amo, queriam para mim. Em razão disso, essa opção não esteve presente na minha escolha de curso até aquele momento.

Fiz algumas tentativas de falar sobre a possibilidade de mudança de curso, usava de alguns momentos aleatórios que não causavam um clima estranho para verificar o que meus pais pensavam a respeito. E ouvi muitas negativas, o que me deixava cada vez mais frustrada. Por via das dúvidas, me inscrevi, secretamente, nos vestibulares e pensei: “Ah, não estou tendo tempo de estudar e me dedicar, vou fazer por fazer, se eu passar, vejo o que acontece, decido depois”.

A época das provas de vestibulares coincidiu com as provas do curso, eu voltava todos os finais de semanas para fazê-las, depois de uma semana inteira sendo testada. Foi um mês exaustivo

e isso só realçou o sentimento de que não passaria no vestibular. Para minha surpresa, fui aprovada e ainda pude escolher, dentre as para que passei, estava a melhor instituição para cursar pedagogia.

Contudo, eu ainda não tinha algo importante. Eu não tinha o apoio da minha família. Começar de novo, trilhar um novo caminho, continuar desempregada por mais alguns anos. “Você estava tão perto de se formar em administração, porque não termina esse curso primeiro e depois faz outro que quiser?”, “Ser professora não dá dinheiro!”, foram algumas das frases que ouvi deles.

Estava feliz por essa conquista, mas estava sozinha. Enquanto os pais orgulhosos de minhas colegas tiravam fotos na recepção e matrícula do curso, eu estava lá sozinha. Demorou certo tempo para meus pais processarem a mudança. Para mim, essa aceitação se deu quando meu pai me presenteou com um conjunto de lápis de cor feitos artesanalmente em madeira. Os lápis não vieram acompanhados de cartão, palavras bonitas, embalagem de presente ou abraço, mas significaram o primeiro rabisco de respeito pela minha nova escolha.

AMAR, DESAFIAR... DESISTIR OU CONTINUAR?

Everly Cristina Meira Fagundes

A minha experiência pedagógica começou no momento em que tive que tomar a primeira grande decisão, como aluna do terceiro ano do ensino médio, “Qual graduação seguir?”. Eu já sabia o conteúdo principal dessa graduação: Química, a matéria pela qual me apaixonei, foi amor à primeira vista... Essa é a única maneira que vejo para descrever, mas não sabia qual caminho deveria seguir para chegar a uma profissão. Química é a minha paixão, mas não sabia se gostava de ensinar... Até que um dia, fui desafiada a ensinar.

No ensino médio, a escola me reservou horários para auxiliar alunos com dificuldades em disciplinas exatas, fiquei meio aflita, pois não sabia se tinha esse dom..., mas será mesmo que é assim que podemos definir a docência? Para ensinar é preciso ter um dom ou ter experiências positivas ou um influenciador que torna aquela experiência interessante? Será que esse dom não é um reflexo de quem passou nas nossas vidas, nessas experiências pedagógicas, e que nos fizeram amar essa profissão? Para alguns questionamentos, eu até achei as minhas respostas, mas será que estão corretas?

Mas, voltando à minha primeira aula, eu me apaixonei de uma tal maneira que as horas se tornaram minutos, foi quando eu tomei a decisão de seguir na licenciatura, e me desafiar novamente a tentar o vestibular da faculdade que todos da minha escola queriam cursar, a famosa UNICAMP. Duvidei da minha capacidade, pois nunca tive tanta confiança em mim, mas era meu sonho e eu consegui, entrei na primeira chamada do curso “Licenciatura Integrada em Física e Química”. A partir desse momento, se iniciou uma relação de amor e ódio, amo ensinar, mas as dificuldades das matérias que ensinavam na graduação pareciam de outro mundo.

Juro que pensei em desistir, porque não existia aquele amor à primeira vista.

O primeiro semestre foi muito complicado, eu saí de uma escola pública, entrei na faculdade quando não tinha nem dezoito anos, o que foi algo que me fez amadurecer muito, como pessoa. Mas, dentro da universidade isso parece ser horrível, no começo, pois você não sabe nem como estudar para ir bem nas provas. Me senti muito frustrada comigo, a melhor aluna da escola se tornou a pior, e foi, nesse momento, que comecei novamente me desafiar, a cada dia ser melhor do que ontem. Mesmo morando a setenta quilômetros da faculdade, indo e vindo todos os dias, fiz rotinas de estudo, pois os professores não pareciam se importar se nós, alunos, aprendíamos ou não. Aprendi a correr atrás do que eu queria, sozinha, que não é errado, mas existia e ainda existem professores que dificultam ainda mais, que são exemplos que não quero seguir, no futuro, e é, nesse momento, que eu começo a me responder sobre o dom de ensinar.

O dom na verdade, no meu ponto de vista, é a união das experiências positivas ou negativas de todo o processo de se tornar docente, o mesmo processo que Freud explica sobre a criação da personalidade, onde juntamos o que achamos bom de um lado e ruim, de outro, uma explicação grotesca para comparar com o que eu acho que seria esse dom de ensinar, uma união de experiências.

Contando essa minha perspectiva, lembro-me de um fato que aconteceu e que eu não consigo esquecer, foi em um período de P2 (a segunda prova do semestre), para o qual eu tinha estudado muito. Naquela semana, eu saía do quarto só para tomar banho e ir ao banheiro. Até comendo eu estudava, mas, mesmo assim, não consegui ir bem. Fiquei tão triste que eu chorava e liguei para minha mãe, dizendo:

– Mãe, não quero mais essa faculdade, acho que não sou boa o suficiente, eu vou desistir...

– Calma filha, é só uma fase, não desiste agora, você vai conseguir.... Pensa positivo.

Essa frase foi o que me motivou a estar nessa graduação até hoje e não ter desistido. Mas, continuando a história.... Depois disso, eu continuei na graduação e, no meu segundo ano de faculdade, tomei a decisão de lembrar daquela paixão que sentia quando estava na frente dos alunos, então fui em busca de um emprego na área da educação.

Bati de porta em porta de cada escola, pedindo um estágio ou uma oportunidade de auxiliar algum professor.... Levei alguns não, obviamente, mas teve um diretor que foi muito simpático, me ajudou até no meu currículo e me deu uma oportunidade de professor plantonista. Não esperava esse cargo, mas aceitei, pois era um novo desafio e era na área que eu queria. No meu primeiro dia, estava tão nervosa que nem consegui respirar, preparei exercícios, estudei alguns tópicos que eu não lembrava e, mesmo assim, estava muito ansiosa.

Deu tudo certo no primeiro dia, não apareceram muitas pessoas, mas, a partir de então, as demandas começaram a ficar difíceis. Eu não tinha nenhuma experiência e, de repente, me vi dentro de uma sala de aula com uns trinta alunos, metade era de um ano e a outra metade, de um ano mais avançado, precisava tirar dúvidas de crianças de onze, doze anos, que eram inquietas e que não paravam para eu conseguir administrar as dúvidas das matérias diferentes.

Mas, até esse momento, era fácil de se resolver, apenas precisava de uma monitora perto da minha sala para caso eu precisasse de auxílio com o comportamento inadequado dos alunos. O pior eram outros professores me confundirem com outra aluna ou até mesmo me deixarem de lado por acharem que eu não tinha muito a oferecer por ser muito nova. E, além disso, havia os alunos do ensino médio, que não me respeitavam muito, me achavam muito nova e, quando eu não sabia muito sobre o assunto, até mesmo me desrespeitavam, pois, para eles, professores tinham que saber de tudo.

Foram os piores três meses de experiência da minha vida, e eu quis muito desistir da licenciatura, estava indo mal na graduação.

Aqueles momentos em que eu sentia as horas virarem minutos não existiam mais, a paixão não existia mais, a minha vida pessoal começou e entrar em colapso. Então, eu apenas quis parar de sentir, e, ao mesmo tempo que isso aconteceu, entrou a pandemia da Covid-19 e eu continuei cursando. Não sabia mais o que fazer, então, apenas continuei, já estava com uma grande depressão e só de pensar nisso, eu ficava mal, então, eu apenas continuei de forma totalmente racional.

Antes de voltarmos para o presencial, passei os piores anos da minha vida com uma depressão profunda e ainda estou me recuperando, então, não voltei nada animada, ainda voltei por pressão dos outros, pois só queria desistir, mas desistir de tudo.... Pois nada fazia sentido, voltei a trabalhar no meu negócio que havia perdido na pandemia, voltei para a faculdade e a me dedicar aos estudos, pois, aparentemente, as coisas começaram a melhorar, o meu momento sombrio começou a ter uma pequena luz.... E, do nada, me aparece uma oportunidade de ensinar de novo, uma pessoa veio me procurar para aulas particulares, e sabe aquele amor que eu descrevi no primeiro parágrafo? Começou a gerar faíscas de novo...

As horas se tornaram minutos novamente, e eu estou me recuperando de tudo que eu passei, mas sabe... Eu ainda tenho aquela chama que me motiva a continuar, eu sei que essa chama me faz lembrar de pessoas (professores) que passaram por essa caminhada ao meu lado e não me deixaram desistir. Tenho algumas trilhas muito longas, mas eu espero não desistir e continuar essa caminhada com muito amor a essa profissão maravilhosa e com muitos desafios pra vencer. Estou cada dia mais animada para poder continuar com essa profissão tão importante para todas as outras, e espero ter de volta essa paixão que não cabia no peito.

ORGANIZADORAS

Juliana Batista Faria

Professora de Matemática no Centro Pedagógico da Universidade Federal de Minas Gerais. Integrante do Grupo Interinstitucional de *Pesquisaformação* Polifonia e do Laboratório de Pesquisa em Experiências de Formação e Narrativas de Si. Doutora em Educação pela Universidade Federal de Minas Gerais.

Inês Ferreira de Souza Bragança

Professora da Faculdade de Educação da Universidade Estadual de Campinas e docente colaboradora do Programa de Pós-Graduação em Educação Processos Formativos e Desigualdades Sociais da Faculdade de Formação de Professores da Universidade do Estado do Rio de Janeiro. Doutora em Educação pela Universidade de Évora, Portugal.

Jemima Natalia Dalbo Domingos

Graduada em Pedagogia pela Universidade Estadual de Campinas. Integrante do Grupo Interinstitucional de *Pesquisaformação* Polifonia.

AUTORAS E AUTORES

Alice de Souza Machado

Educadora musical pela Universidade de Sorocaba. Pedagoga pela Universidade Estadual de Campinas. Professora de música na rede municipal de Hortolândia e escritora de livros didáticos.

Bruna Brito Da Silva

Graduada em Pedagogia pela Universidade Estadual de Campinas. Professora de Educação Infantil na Rede Municipal de Campinas.

Bruna Luciana de Sena

Graduada em Pedagogia pela Faculdade de Educação da Universidade Estadual de Campinas.

Eloisa Nascimento Cavalcanti

Graduada em Ciências Sociais pela Universidade Estadual de Campinas. Mestranda em Educação pela Faculdade de Educação da Universidade Estadual de Campinas, no Departamento de Ciências Sociais e Educação.

Ernesto Etulain

Bacharel em geografia pela Universidade Estadual de Campinas e mestrando no Programa de Pós-Graduação em Geografia na Universidade Estadual de Campinas.

Everly Cristina Meira

Estudante de Licenciatura Integrada Química/Física pela Universidade Estadual de Campinas.

Isadora Angélica Garzon Tonet

Graduada em Ciências Sociais pela Universidade Estadual de Campinas, com ênfase em Antropologia. Atualmente é coordenadora pedagógica e professora de Sociologia.

Jemima Natalia Dalbo Domingos

Graduada em Pedagogia pela Universidade Estadual de Campinas.

Leonardo Pinotti Carbonari

Geógrafo formado e licenciado pela Universidade Estadual de Campinas. Professor de geografia no fundamental 2 (6º a 9º anos) em São José dos Campos e em Caçapava.

Marcio da Silva Saldanha

Graduado em Pedagogia pela Universidade Estadual de Campinas.

Maria Beatriz Pugiali Leme

Graduanda em Pedagogia pela Universidade Estadual de Campinas. Residente no Programa Residência Pedagógica promovido pela Faculdade de Educação. Bolsista BAEF (Bolsa Auxílio Ensino Formação) no Instituto de Estudos da Linguagem.

Poliana de Paula Lucco Pequeneza

Pedagoga pela Universidade Estadual de Campinas. Graduanda de Psicologia pela Faculdade São Luís. Pós graduada em Neuropsicopedagogia e Educação Especial e Inclusiva. Professora de Educação inclusiva - Sesi Jaboticabal, no estado de São Paulo.

Raphael Borges Santos

Geógrafo pela Universidade Estadual de Campinas. Atualmente professor pela Rede Estadual de São Paulo e educador social.

Thawany Waleska Gullinéli

Pedagoga pela Universidade Estadual de Campinas. Atualmente professora adjunta nos Anos Iniciais do Fundamental, pela Rede Municipal de Campinas.

As narrativas pedagógicas deste livro encarnam o coração de estudante tão cantado pelo amigo mineiro. Para nós, são como flores que embelezam a vida de professoras pesquisadoras, trazendo para o campo fértil das abordagens narrativas e (auto)biográficas as linguagens e o frescor das juventudes. Uma beleza que reaviva, em nós, eternas estudantes, a responsabilidade dos nossos mais mínimos gestos e palavras na formação das futuras gerações de professores.

Por Juliana Batista Faria,
Inês Ferreira de Souza Bragança,
Jemima Natalia Dalbo Domingos

